



Agustín Moreto

El valiente justiciero

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Agustín Moreto

El valiente justiciero

PERSONAS

EL REY.

DON TELLO.

DON RODRIGO.

DON ENRIQUE, conde de Trastamara.

DON GUTIERRE.

MENDOZA.

PEREJIL, criado.

DOÑA LEONOR.

DOÑA MARÍA.

INÉS, criada.

UN SOLDADO.

UN CONTADOR.

UN SECRETARIO.

UNA SOMBRA.

HOMBRES ENMASCARADOS

GUARDAS.

CRIADOS.

MÚSICOS.

ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en una quinta cerca de Alcalá de Henares, en esta ciudad y en Madrid.

Jornada primera.

Sala de la quinta de DON TELLO.

ESCENA I

DON TELLO, DOÑA LEONOR, PEREJIL.

DOÑA LEONOR. ¿No me escuchas?

DON TELLO. ¡Qué molesta

y qué cansada mujer!
PEREJIL. Siempre que te viene a ver
debe de subir por cuesta.
DOÑA LEONOR. Señor don Tello García,
si ese rigor vuestro nombre
funda acaso en ser rico-hombre
de Castilla, es tiranía;
que estáis, por serlo, obligado
a pagar obligaciones,
y os sirven vuestros blasones
de ultrajar al desdichado.
Si os llama absoluto dueño
De Alcalá toda la tierra,
en lo grande no se encierra
esa soberbia del ceño;
porque si haceros mayor
presumís, siendo inhumano,
cuanto os ponéis para vano,
os quitáis para menor.
El agrado es bizarría
y los hombres superiores,
con nadase hacen mayores
si es nada la cortesía.
La grandeza más honrada
que tienen los grandes buenos,
es que pueden, al que es menos,
dar mucho con lo que es nada.
Y si yo me hago menor,
no es porque no os igualara
Doña Leonor de Guevara,
sino porque os di mi honor.
Desto solo desconfío
para juzgarme menor,
pues para ser vos mayor
tenéis el vuestro y el mío.
Pero debéis de advertir
que os le dio el pecho amoroso
con la palabra de esposo,
la cual me habéis de cumplir.
Y cuando por otra cosa
no os merezca yo atención,
faltáis a la obligación
de haber de ser vuestra esposa.
(Hablan aparte DON TELLO y PEREJIL.)
DON TELLO. ¡Que no quiera esta mujer
llegarse a desengañar
de que no me he de casar

con ella!

PEREJIL. Pues ¿qué ha de hacer,
si la traes siempre a tu lado?
Apártate a su inquietud;
que si no has de hacer virtud,
Así saldrás de pecado.
Y con razón lo imagina,
si hoy que te ve Alcalá toda
ser padrino de una boda,
la haces a ella la madrina.

DON TELLO. ¿No sabes tú con qué intento
por padrino me he ofrecido,
y en mi quinta he prevenido
hoy la boda?

PEREJIL. Atrevimiento
es grande, siendo tu amigo,
y cuando de ti se fía,
robarle a doña María
hoy al pobre don Rodrigo.

DON TELLO. Pues ¿quién ha de poner ley
en un hombre como yo,
que, ya que rey no nació,
tampoco es menos que el Rey?
Mi gusto, aunque en otro daño,
he de cumplir y seguir.

PEREJIL. Así supieras cumplir
con la parroquia cada año.

DOÑA LEONOR. Pues me llegáis a escuchar,
¿no me podéis responder?

DON TELLO. Perejil, dí a esa mujer
que me deje de cansar.

PEREJIL. Pues ¿yo he de ser tan civil?

DON TELLO. Háblala claro.

PEREJIL. Reparo...

DON TELLO. ¿En qué?

PEREJIL. En que si soy claro
será claro el perejil.

DOÑA LEONOR. ¿No me respondéis?

PEREJIL. Señora,
mi amo me manda decir
que agora no os quiere oír.

DOÑA LEONOR. Pues ¿por qué no quiere ahora?

PEREJIL. También me manda que apunte,
que no es más de no querer.

DOÑA LEONOR. Pues ¿eso se puede hacer?

PEREJIL. Manda que no se pregunte.

DOÑA LEONOR. Y ¿ese no es rigor injusto?

PEREJIL. Manda deciros que sí.

DOÑA LEONOR. Pues ¿yo he de sufrirlo aquí?

PEREJIL. Manda que hagáis vuestro gusto

DOÑA LEONOR. ¡Que este agravio llegue a ver
el corazón me atraviesa!

PEREJIL. También manda que, si os pesa,
lo dejéis luego caer.

DOÑA LEONOR. No tengo yo sentimiento,
pues de oírlo no me infamo.

¡Mucho manda vuestro amo!

PEREJIL. Anda haciendo testamento.

DOÑA LEONOR. Y vuestra osadía villana
también, pues su error no ignora,
manda mucho.

PEREJIL. Soy ahora
mayordomo de semana.

DOÑA LEONOR. Ya amor la venganza traza
de un desprecio tan civil.

DON TELLO. ¿Se lo has dicho, Perejil?

PEREJIL. Sí, mas se ha vuelto mostaza.

DOÑA LEONOR. Si lo ha dicho, ya no quiero
apurar la ofensa mía.

Yo por soberbio os tenía,
mas no os juzgaba grosero.

Aunque tiranas violencias
uséis, vuestro honor podía
adornar la tiranía

de cortesés apariencias;
que es una afrenta bien rara
dejar el guante en la mano
y sacudir inhumano
infame golpe en la cara.

No pagar la obligación,
delito es común y necio,
mas es afrenta y desprecio
negarla sin atención;

que hay agravios que, aunque dellos
satisfacción no se alcanza,
no irritan a la venganza
por el recato de hacellos.

DON TELLO. En fin, ya acabáis de oír
que el casarme no ha de ser.

DOÑA LEONOR. ¿No lo pudierais hacer
sin llegármelo a decir?

DON TELLO. ¿No es mejor desengañaros,
para que no me causéis?

DOÑA LEONOR. Desengañada, ¿sabéis

que de mí podéis libraros?

DON TELLO. ¿Quién por vos me ha de ofender?

DOÑA LEONOR. ¿No hallaré justicia yo?

DON TELLO. En la tierra, dúdolo;
en el cielo, puede ser.

DOÑA LEONOR. ¿En el cielo?

PEREJIL. Y aún me espanta
que hoy la confiese tan presto.

No le he visto tan modesto
en una Semana Santa.

DOÑA LEONOR. ¿Este era el ruego importuno
con que me llegué a vencer?

DON TELLO. Pues ¿acaso el pretender
o conseguir, todo es uno?

DOÑA LEONOR. En quien desea alcanzar
¿qué diferencia ha de haber?

PEREJIL. La misma que hay de comer
hasta hartarse, o ayunar.

DOÑA LEONOR. ¿No porfió vuestro amor?

DON TELLO. Y ¿vos no os rendisteis luego?

DOÑA LEONOR. Yo me rendí a vuestro ruego.

DON TELLO. Pues eso fue lo peor.

DOÑA LEONOR. Si me venció el apurarme
con porfías, ¿qué es cansó?

DON TELLO. El porfiar tanto yo,
que fue preciso el cansarme.

DOÑA LEONOR. Porfiar un agasajo
¿os cansó?

PEREJIL. ¡Hay tales extremos!
Señora, no nos cansemos;
que el porfiar es trabajo.

ESCENA II

INÉS. -Dichos.

INÉS. ¿Leonor bella?

DOÑA LEONOR. ¿Qué hay, Inés?

INÉS. Que ya de un coche se apea
la boda.

DOÑA LEONOR. En mal hora sea.

INÉS. ¿Por qué?

DOÑA LEONOR. ¿En mis ojos no ves
la causa de mi dolor?

No querer este enemigo,
Inés, casarse conmigo,
siendo dueño de mi honor.

INÉS. Pues ¿mi honra, picaron?

PEREJIL. ¿Qué honra?

INÉS. De pagarla trata.

PEREJIL. ¿No la tomarás en plata,
reduciéndola a vellón?

INÉS. Ni en oro; que solo allano
con tu mano lo que erré.

PEREJIL. Yo una vuelta le daré,
que es lo mismo que una mano.

DON TELLO. Calla, Perejil.

PEREJIL. Ya callo.

DOÑA LEONOR. Inés, rey tiene Castilla,
que tiembla de su cuchilla
su enemigo y su vasallo.

DON TELLO. Al rico-hombre de Alcalá,
¿qué rey basta?

PEREJIL. Aunque sea un rayo,
ni para un rico lacayo,
¿qué justicia haber podrá?
Mas ya en la música he oído
que viene el novio hecho un bobo.

¿Cómo ha de ser este robo?

(Aparte a DON TELLO.)

DON TELLO. Ya está todo prevenido.

ESCENA III

DON RODRIGO, DOÑA MARÍA, MÚSICOS. -Dichos.

MÚSICA.

Alegráos ahora,
campos de Alcalá
que madrina y novia
bellas
sol y luna os dan.

DON RODRIGO. Ya, don Tello generoso,
en la dicha de mi amor,
de recibir vuestro honor
llegó el plazo venturoso.

Mi aplauso os hace el empeño
del favor que espera ya,
pues mi rendimiento os da
veneraciones de dueño.

DON TELLO. Yo os estimo, don Rodrigo,
tanto, que de apadrinaros
hoy el gusto he de mostraros;
y vos Señora, conmigo
partid el justo contento.

DOÑA MARÍA. Eso le toca a mi esposo,
que mi afecto decoroso
para en su agradecimiento.

Este, Señor, no le niego,

que es deuda en la atención mía.

DON TELLO. (Aparte a PEREJIL.)

Bella está doña María.

PEREJIL. Pues meriéndatela luego.

DOÑA LEONOR. Dad, bella doña María,

los brazos a quien espera

ser vuestra, no compañera,

que es contra la suerte mía.

DOÑA MARÍA. En ellos, bella Leonor,

gana mi suerte más nombre.

(Hablan aparte DON TELLO y PEREJIL.)

DON TELLO. ¿De qué sirve ser rico-hombre,

si no logro yo mi amor?

¿Yo he de ver que un hidalguillo,

teniendo yo amor, se case

con quien de celos me abraze?

PEREJIL. ¿Qué llamas vello? Ni oílo.

DON TELLO. Enamorado estoy della,

y he de quitársela infiel.

PEREJIL. Y si lo estuvieras dél,

¿se le quitaras a ella?

DON TELLO. Ya está mi gente avisada.

Rodrigo, al jardín entremos,

que allí al cura esperaremos.

DON RODRIGO. No hay que replicaros nada.

Entrad vosotros delante,

aplaudid con vuestro acento

mi ventura y mi contento.

PEREJIL. Dios te lo lleve adelante.

(Éntranse los músicos cantando, y los demás se dirigen hasta la puerta).

MÚSICOS. Alegráos ahora, etc.

ESCENA IV

ENMASCARADOS. -DOÑA MARÍA, DON RODRIGO, DOÑA LEONOR, DON TELLO, PEREJIL, INÉS.

(Al llegar DOÑA MARÍA a la puerta salen varios hombres enmascarados, y se la llevan por el lado opuesto.)

UN HOMBRE. Al coche, amigos.

DOÑA MARÍA. ¿Qué es esto?

¡Esposo, Señor!...

DON RODRIGO. ¡Qué miro!

¡Cielos, sin alma respiro!

DON TELLO. ¿Quién tal traición ha dispuesto?

DON RODRIGO. Que me roban a mi esposa.

DON TELLO. Sigamos estos traidores.

(Vanse DON RODRIGO y DON TELLO, sacando las espadas.)

PEREJIL. Presto por Cristo, señores;
que se escapan. ¡Linda cosa! (Vase).

DOÑA LEONOR. Ay Inés, que esta traición
es sin duda de don Tello.

INÉS. Pues ¿agora caes en ello?
Y con aquesta intención,
contigo el casarse excusa.

DOÑA LEONOR. ¡Cielos, que no haya castigo
para tan fiero enemigo,
que vuestra justicia acusa!

INÉS. ¡Ay Señora, don Rodrigo
con todos ellos embiste,
y le han de matar! ¡Ay triste!

DOÑA MARÍA. (Dentro.)
Esposo...

DON RODRIGO. (Dentro.)
En vano te sigo;
mas moriré por mi honor.

UN HOMBRE. (Dentro.)
Tiradle; ¿qué os detenéis?

DON TELLO. (Dentro.)
Dejadle, no le matéis.

DON RODRIGO. (Dentro.)
Ese es más fiero rigor;
¿Por qué me dejáis la vida,
si el alma me habéis quitado?

INÉS. Sin las armas le han dejado,
y sin haber quien lo impida,
se la llevan.

DOÑA LEONOR. ¡Que mi brío
para vengar no sea bueno
un agravio, que aunque ajeno,
resulta en desprecio mío!
Al Rey irán mis enojos.
Y si justicia no alcanza,
apelaré a la venganza
del veneno de mis ojos.
Ven, Inés.

INÉS. Señora, espera;
que aquí viene don Rodrigo.

DOÑA LEONOR. Sin vengarle, ser testigo
de su dolor no quisiera.

ESCENA V

DON RODRIGO, que sale sin espada; DOÑA LEONOR, INÉS

DON RODRIGO. ¿Dónde se esconden los rayos
de vuestra justicia, cielos,

si el dolor de mi deshonra
no halla su venganza en ellos?
De las llamas que respiro,
pues no me abrasa el incendio,
o tengo el pecho de bronce,
o me han quitado el aliento.

DOÑA LEONOR. ¿Adónde vais, don Rodrigo?

DON RODRIGO. ¡Ay de mí! que no lo siento,

pues vivo, hermosa Leonor;
que esta es traición de don Tello,
porque el coche en que a mi esposa
los alevosos metieron
era suyo, y sus criados
los cómplices de su yerro.

Claro es que otros no serían;
que no hubiera atrevimiento
que en su quinta lo emprendieran
cuando al Rey menos respeto
tienen en toda esta tierra
que a este tirano soberbio.

Al desaire de mi afrenta,
el de quitarme el acero
añadieron atrevidos,
para que clamando al cielo,
incapaz de mi venganza,
llore imposible el remedio.

Tristes campos de Alcalá,
abrid vuestro oscuro centro,
para dar sepulcro a un vivo,
que sin honor está muerto.

Piadosas aguas de Nares,
llevadme en llanto deshecho;
caed sobre mi deshonra,
desnudos y ásperos cerros.

DOÑA LEONOR. Don Rodrigo, en vano sueltas

la rienda a tu sentimiento,
y más cuando en mi desdicha
tienen tus males consuelo;
no hay sentimiento más noble
que procurar el remedio.

DON RODRIGO. Bien dices, Leonor, bien dices:

a Madrid el rey don Pedro
pasa de Guadalajara,
donde está agora asistiendo;
solo hay este tribunal
para el poder de don Tello.
Bañará sus reales plantas

mi llanto, y pues justiciero
se llama (contra la voz,
que cruel le hace y sangriento),
haga crédito el castigo
de un agravio tan violento.

DOÑA LEONOR. Y yo te he de acompañar,
porque agrave a un mismo tiempo
con mi queja su delito.

DON RODRIGO. Pues si hemos de ir, no tardemos.

INÉS. También yo iré con vosotros;
que a este lobo carnicero
vosotros daréis la queja
de la pierna, y yo del hueso
que dan por añadidura.

(Entran por una puerta y salen por otra.)
Campo debate de la quinta.

ESCENA VI

DON ENRIQUE, MENDOZA. -Dichos.

DON ENRIQUE. (Dentro.)

Por acá, al llano.

DOÑA LEONOR. ¿Qué es esto?
(Salen el conde de TRASTAMARA y MENDOZA.)

DON ENRIQUE. Mendoza, el Rey nos alcanza;
y si en sus manos me veo,
no está segura mi vida.
Los caballos se rindieron;
de la espesura del valle
nos valgamos. Encubiertos
pasaremos aquí el día.

MENDOZA. Ese solo es el remedio.

DON ENRIQUE. Vamos, Mendoza. -¡Ay hermano!

¡Ay ingrato rey don Pedro!

¿Por qué a tu sangre persigues?

MENDOZA. ¿Vamos, Señor?

DON ENRIQUE. Vamos presto.

(Vase con MENDOZA.)

ESCENA VII

DOÑA LEONOR, DON RODRIGO, INÉS.

DOÑA LEONOR. ¿Qué será esto, don Rodrigo?

DON RODRIGO. Siguiendo estos caballeros
viene por aquel camino
otro, el caballo corriendo
con tal furia, que en sí mismo
tropezó.

ESCENA VIII

EL REY. -Dichos.

REY. (Dentro)

¡Válgame el cielo,

DON RODRIGO. Ir a socorrerle es fuerza.

REY. (Sale.)

Ya sobra el socorro vuestro,
pues queda muerto y yo libre.

(Aparte. ¡Que le estorbe a mi deseo
la fortuna la venganza,
cuando con razón me ofendo
de tan alevos hermanos!

Ya Enrique de mi despecho
se libró, pues el caballo
tras él reventó corriendo.)

DON RODRIGO. ¿Os habéis hecho algún daño?
Reparáos.

REY. No, caballero.

¿Qué sitio es este?

DON RODRIGO. Es el campo
de Alcalá.

REY. ¿Estará muy lejos?

DON RODRIGO. Media legua.

REY. Y esta quinta

¿de quién es?

DON RODRIGO. Es de don Tello,
el rico-hombre de Alcalá
que por su poder soberbio
no le podéis ignorar.

REY. ¿Por su poder?

DON RODRIGO. A que es menos
el del Rey.

REY. ¿Menos que el suyo?

DON RODRIGO. Según le temen, es cierto.

REY. Nunca lo he oído decir.

DON RODRIGO. No seréis vos deste reino.

REY. Sí soy; mas los que asistimos
al Rey y siempre le vemos,
otro poder ignoramos.

DON RODRIGO. ¿Luego vos le asistís? (Aparte. ¡Cielos,
si dais luz a mi venganza!)

REY. Y por venirle siguiendo,
que a Madrid pasa esta noche,
me apresuré tan violento,
que reventé ese caballo.

Mas, según le alabais, creo
que sois vos criado suyo.

DON RODRIGO. No soy sino quien intento
vengarme de sus agravios,
y otro tribunal no tengo
sino el del Rey; y si vos
le asistís, y es tan adentro
que me hagáis ser escuchado,
os deberé mi remedio.

REY. Y estas señoras ¿quién son?

DOÑA LEONOR. Quien deste tirano dueño
lloran también las injurias.

INÉS. Y yo, Señor, punto menos
las lloro de su lacayo;
con que son más duraderos
mis agravios.

REY. Pues ¿por qué?

INÉS. Porque yo en paja los tengo.

REY. Y ¿no hay para ellos castigo?

DOÑA LEONOR. Solo podrá darle el cielo;
que el Rey no será bastante.

REY. (Aparte.)

¡Que viviendo el rey don Pedro,
esto se diga en Castilla!

Mucho ignoro de mis reinos.)

Pues ¿por qué no podrá el Rey?

INÉS. Porque es cruel y sangriento,
y no nos hará justicia;
que antes se holgará, al saberlo,
de ver que haya quien te imite.

REY. Esa es voz del vulgo ciego,
que con lo cruel confunde
el nombre de justiciero;
porque él solo poner supo
a la justicia respeto.

Y porque le conozcáis,
yo os haré escuchar dél mismo,
y sabréis si hace justicia.

DOÑA LEONOR. La vida y el alma os debo,
si eso hacéis.

REY. Pues ¿cómo ha sido
vuestro agravio?

DOÑA LEONOR. Eso reservo
para el oído del Rey.

REY. Yo le asisto tan adentro,
y tanto fía de mí
la corona y el gobierno,
que en decírmelo, podéis
pensar que habláis con él mismo.

DOÑA LEONOR. Pues si ese favor nos dais,
generoso caballero,
doña Leonor de Guevara
soy yo, cuyos padres muertos,
quedé en Alcalá al abrigo
de un copioso heredamiento
que en este lugar fundaron
mis ricos nobles abuelos.
Sola, hermosa, moza y rica,
ya veréis los casamientos
que unidos me ofrecerían
la codicia y el deseo.
Mas siendo mirada un día
del tirano de don Tello,
le ocasionó mi hermosura
a seguir mi galanteo.
Quedé yo sin elección,
pues por temor o respeto,
cuantos mi amor pretendían
olvidaron el empeño.
Dél solamente asistida,
escuchaba sus afectos,
bien desdeñosa al principio.
Me hizo el trato lisonjero;
porfió en decirme amores,
finezas y rendimientos,
con que me venció; ¡ah si entonces
advertir supiera el pecho
que era el rendimiento falso;
que en este injusto trofeo
sólo se rinde el amor
por lograr el vencimiento!
En fin, con tantas porfías,
persuadida del ejemplo
de otras, que hicieron lo mismo,
me resolví a un desacierto.
¡Ah ciego engaño, que todos,
para cometer un yerro,
ven los que erraron, y olvidan
a los que se arrepintieron!
Mano y palabra de esposo
me di, y con ella... no puedo
pasar de aquí con la voz;
más bien podéis entenderlo;
que no se puede dudar
cuál sería mi suceso,
pues de vergüenza, le explico

con la frase del silencio.
El hielo de mi desdén
desde aquí se trocó en fuego;
precipitéme a quererle
(no sé si lo hizo el afecto,
o el trato, o la obligación,
o el mirarle como a dueño,
o si desto no fue nada.
Sin duda fue lo más cierto
que para estar más galán
le adornó mi mismo exceso
con la joya de mi honor,
que mi error puso en su pecho).
La llama que en mí crecía,
en su amor iba muriendo;
sin duda hay en el amor
cantidad fija de fuego,
y cuando esta se reparte
con igualdad en dos pechos,
ni uno ni otro quiere mucho;
y si se aviva uno de ellos,
lo que uno crece, otro mengua;
y aquella parte de incendio
que va creciendo en el uno,
falta al otro; con que es cierto
que tiene coto esta llama,
que le sirve de supuesto;
que nunca se ven iguales
dos ardores con extremo.
Deste natural discurso
fue nuestro amor vivo ejemplo,
porque creció tanto el mío,
que el suyo se volvió en hielo.
Iba sin gusto a la mesa,
tarde y con cansancio al lecho;
de la falta del cariño
era la disculpa el sueño.
Siempre costaba un disgusto
hablar en el casamiento.
Yo le halagaba, rendida
le acariciaba; él severo
daba un desaire a un cariño,
por no irritarse a un despecho.
¡Qué cordura es menester
para conservar sin riesgo
a quien no ama, cuando tiene
tan cerca de sí el desprecio;

porque hay muy poco en los hombres
de lo tibio a lo grosero!
Bien se vio en él, pues llegando
la ocasión de haberme hecho
hoy madrina de una boda
(que apadrinaba don Tello),
grosero, ingrato y tirano,
me desengañó, diciendo
que no había de casarse
conmigo; y al mismo tiempo,
viniendo ya don Rodrigo,
que es aqueste caballero,
con su esposa al desposorio,
sin Dios, sin ley, sin respeto..,
DON RODRIGO. Ese agravio a mí me toca;
mas no sé si tendré aliento
para decir que tirano
me robó mi esposa. Cielos,
¿cómo a tan grande maldad
sordo está el castigo vuestro?
En fin, Señor, con mi esposa,
me quitaron el acero,
y sin poder apelar
desta traición, sino al cielo,
del modo que nos halláis
nos dejó el bárbaro fiero
sin vida, sin ser, sin honra;
donde a vuestras plantas puestos,
solicitamos que al Rey,
pues sois tan suyo, lleguemos
donde escuche nuestro agravio,
aunque venganza no espero.
REY. (Aparte. ¡Que haya esta gente en Castilla,
y no me den cuenta dello!
Y ¡que me llamen cruel
por castigar sus excesos!)
¿No hay justicia en Alcalá?
INÉS. Pues ¿agora dudáis eso?
Es lugar estudiantino,
y si alguno hace un mal hecho,
en partiéndose a Alcalá,
es lo mismo que a un convento.
REY. Su corregidor, o alcalde,
por mi delito tan feo
¿no irá a prender a ese hombre?
INÉS. ¡Qué bien! Si allá el prendimiento
fuera de Getsemaní

en chusma de fariseos,
los hiciera todos Malcos,
aunque nunca fuese Pedro.

REY. (Aparte. Cielos, ¿qué hombrecillo es este?

A ir a verle estoy resuelto.)

Señora, ¿estáis en su casa?

DOÑA LEONOR. Yo no sé si hallaré abierto
cuando le vaya a buscar.

REY. Pues allá estad; que yo quiero
pasar por allá esta tarde,
para ver si con él puedo
que os vuelva a vos vuestra esposa,
y os logre a vos el deseo.

DON RODRIGO. Yo sólo he de hablar al Rey.

REY. Pues id a Madrid; que luego
yo haré que el Rey os dé audiencia.

DON RODRIGO. Pues la palabra os aceto.

ESCENA IX

DON GUTIERRE, CRIADOS. -Dichos.

DON GUTIERRE. (Aparte. Pero aquí está.) ¡Gran Señor!

REY. (Aparte a don Gutierre.

Calla, Gutierre; que intento
no ser aquí conocido.)

¿Va el Rey adelante?

DON GUTIERRE. El viento
desmintiendo en un caballo.

REY. Pues a seguirle pasemos.

DOÑA LEONOR. En vos, Señor, voy fiada.

REY. Veréis lo que hará mi ruego.

(Aparte. ¿Qué rico-hombrecillo es este,
que teme tanto este pueblo?)

Vamos, Gutierre. (Aparte. Por verle
me va matando el deseo.)

(Vanse.)

Sala en la casa de DON TELLO.

ESCENA X

DON TELLO, DOÑA MARÍA, PEREJIL, MÚSICOS.

MÚSICA.

A mejorar su fortuna
la bella Amarilis viene,
dando a Tirso los aplausos
que Riselo no merece.

DOÑA MARÍA. Pues si no está aquí mi esposo,
yo supliré su presencia,
y con desdén riguroso

resistiré la violencia
de un tirano poderoso.
DON TELLO. ¿Qué es lo que dices, mujer?
Siendo tuvo ese favor,
¿qué resistencia has de hacer?
¿A ti no te está mejor
lo que es mejorar de ser?
¿A hacerte yo esposa mía
te resistes? Pues ¿qué habrá
desde el que suya te hacía
hasta don Tello García,
el rico-hombre de Alcalá?
¿Dueño de cuanto poseo
no te viene a hacer mi amor?
Que cuando ese campo veo,
diez leguas alrededor
por nada ajeno paseo.
¿No miras cumbres y llanos
que en sembrados diferentes,
para enriquecerme ufanos,
me crece el oro en los granos
la plata de sus corrientes?
Del sol contra los rigores,
que sale flechando ardores,
¿no miras montes y prados
por el estío nevados
de mis ganados menores?
Que juzgan, según violentos
bajan la tarde sedientos
al valle, donde agua tienen,
que en mariposas se vienen
abajo los elementos.
Villas, lugares, castillos
tengo tantos, que al mandallos,
me embarazo con oíllos;
que el número, al referillos,
bastaba para vasallos.
Y estas grandezas, no dadas
por merced de ningún rey,
sino con sangre ganadas,
en aumento de la ley,
de los moros a lanzadas.
La renta de esta riqueza,
con que yo nada codicio
en mi pródiga largueza,
sobra para mi grandeza
y basta a mi desperdicio.

Y aunque es tanta maravilla
mi poder, mi sangre pisa
a más triunfos, que en Castilla
vio ricos-hombres mi casa
antes que reyes su silla.
Tu ignorancia esto desprecia;
mira si con causa poca,
la razón, que es quien lo aprecia,
te llama al dejarlo, necia,
y al no procurarlo, loca.

DOÑA MARÍA. Todo ese poder, Señor,
que junto habéis referido,
es en mi aprecio menor
que el halago del marido
a quien tengo justo amor.

DON TELLO. ¿A un pobre hidalguillo metes
en estimación?

PEREJIL. Es dada
a querer estos pañetes;
no había de ser honrada
mujer que quiere a pobretes.

DON TELLO. Todo mi amor lo atropella.

DOÑA MARÍA. Que no he de casarme digo.

PEREJIL. Pues ¿qué importa en su querella
que no se case contigo,
si tú te casas con ella?

DON TELLO. Dices bien; cantad en tanto
que me desposo.

DONA MARÍA. ¡Ay de mí!

PEREJIL. Cantad al son de su llanto;
que bien merece que aquí
le den todos con un canto.

MÚSICA. A mejorar su fortuna, etc.

ESCENA XI

UN CRIADO; luego, EL REY. -Dichos.

CRIADO. Señor, a vuestros umbrales
un caballero se apea,
que dice que viene a veros.

DON TELLO. Entre muy enhorabuena;
que a nadie que viene a verme
tengo cerradas las puertas,
y más hoy, que en este gusto
quiero que todos me vean.
Sillas a mí y a mi esposa.
Sentáos, que así recibiera
al mismo rey.

(Siéntase, y sale el REY.)

CRIADO. Ya está dentro. (Vase.)

REY. (Aparte.)

¡Buen talle!

DON TELLO. (Aparte.)

¡Buena presencia!

DOÑA MARÍA. (Aparte.)

Que yo calle aquí es forzoso,
por no irritar su violencia.

REY. (Aparte. ¡Sentado se está el grosero,
sin saber quién es el que entra!

Estoy por echarle a coces
a rodar; pero aquí es fuerza
disimular y encubrirme,
porque su castigo sea
para después escarmiento
de otras tiranas cabezas.)

Déme su mano vusía.

DON TELLO. Cúbrase, hidalgo.

REY. Eso es fuerza,
que no hablo yo descubierta
con quien sentado me llega
a recibir.

DON TELLO. Taburete.

REY. ¿Eso más?

PEREJIL. Y eso agradeza;
que mi amo no da asiento
ni aún a ginoveses.

REY. Venga.

(Acerca PEREJIL un taburete, y siéntase el REY.)

DON TELLO. Dos sillas tengo: la una
ocupa mi esposa bella,
la otra yo; mas no os admire,
que ricos-hombres apenas
dan silla al Rey en sus casas.

REY. Ya lo veo que es grandeza,
y así elijo lo que es mío.

DON TELLO. Aunque su buena presencia
quién es nos dice, ¿en qué altura
de hidalgo se halla?

REY. Aguilera,
de la Montaña.

DON TELLO. Escuderos
son de mi casa. Y ¿qué intenta?

REY. Al Rey sigo por un pleito.

DON TELLO. Habiendo espadas, ¿quién deja
gastar su hacienda en procesos?

REY. La ley es bien que obedezca;
ya el Rey en Madrid está.

DON TELLO. Con doña María, su prenda,
nos vendrá a dar buen ejemplo.

REY. Ya es su esposa y nuestra reina;
y al que no hablare en sus partes
con decoro y con decencia,
con mi espada... (Levántase.)

DON TELLO. Bueno está.

Brío el hidalgoje muestra;
mucho quiere al Rey.

REY. Sí quiero.

DON TELLO. Siéntese el buen Aguilera.

¿Que está ya en Madrid el Rey?

REY. (Siéntase.)

Si vueseñoría le espera,
ya puede pasar a verle.

DON TELLO. Cuando el Rey valerse quiera

de mí para alguna cosa,
vendrá a verme y hacer venta

en mi casa, donde yo
a los reyes que aquí llegan,

como a parientes regalo

y hospedo. Y aun se me acuerda

que a don Alonso; su padre,

hospedó esta cuadra mesina

más de una vez, cuyas glorias...

¡Ah, qué rey Alonso era!

Mas hoy su hijo las infama.

REY. Tenga vusía, y advierta

que habla del rey don Pedro,

que es su rey; y aunque no fuera

su rey, es tan mal sufrido,

que te cortara la lengua

a saber cómo habla dél. (Levántase.)

PEREJIL. ¿Criados?

DON TELLO. Tente; ¿qué intentas?

PEREJIL. Matarle.

REY. Mi rey definiendo;

contradígalo quien quiera.

PEREJIL. ¿Escuderos?

DON TELLO. No los llames,

loco, necio. ¿En mi presencia

hablas tú? Si dar castigo

a su osadía quisiera,

¿no bastara yo?

REY. No sé.

DON TELLO. Ea, que la intención es buena,
y el buen celo de su rey
le disculpa; no le ofendan.

Sosegáos.

REY. Soy buen vasallo,
vive Dios.

DON TELLO. Sin jurar.

REY. Sea.

DON TELLO. Mucho quiere al Rey.

REY. Es ley.

DON TELLO. Siéntese el buen Aguilera.

REY. Perdonadme; que esta ha sido
locura de la nobleza
de vasallo.

DON TELLO. Yo lo soy
también del Rey, y se precia
de leal, más que ninguna,
mi sangre; díganlo empresas
de mis ilustres abuelos;
y por esta razón misma
me ha parecido gloriosa,
aquí la osadía vuestra.
Dadme esa mano.

REY. Los nobles
deben hablar con decencia
de los reyes, porque son
las deidades de la tierra,
y en ella los pone Dios;
y su imagen representa
tanto el bueno como el malo,
pues como a él se reserva
su soberano decreto,
nos le da su providencia,
malo cuando nos castiga,
y bueno cuando nos premia,
pero dejando esto aparte:
la gloriosa fama vuestra,
pasando por vuestra casa,
me dio deseo de verla;
y en lo que el lugar os ama
ha quedado satisfecha
la opinión que yo traía.

DON TELLO. Todo Alcalá me venera
con mucho amor.

REY. Y en él dicen
que menos al Rey respetan.

DON TELLO. Por acá, hidalgo, conocen

por sello o firma a su alteza;
y es con mi consentimiento
alguna vez que obedezcan
su firma.

REY. (Aparte.)

¡Válgame Dios!

¿Vióse tan gran desvergüenza?
Si a puntapiés no le mato,
es porque más logro tenga
el blasón de justiciero;
que si no, aquí yo le hiciera
ver quién soy.

ESCENA XII

DOÑA LEONOR, INÉS. -Dichos

DOÑA LEONOR. (Dentro.)

Dejadme entrar.

CRIADO. (Dentro.)

No hay lugar.

DOÑA LEONOR. (Dentro.)

Aunque no quieran,

he de entrar.

DON TELLO. ¿Qué ruido es ese?

¿Quién es quien viene? ¿Quién entra?

(Salen DOÑA LEONOR y INÉS.)

DOÑA LEONOR. Quien viene a cobrar su honor,
aunque le neguéis la deuda.

PEREJIL. Venga el papel y veamos
si está cumplida la letra.

DON TELLO. Pues, adonde está mi esposa,
¿hay quien así a entrar se atreva?

REY. Sí puede entrar quien pretende
que quien lo ha de ser lo sea.

DOÑA LEONOR. (Al REY.)

Caballero, este tirano
es quien me robó la prenda
mejor del alma; y agora
lo que prometió me niega,
faltando a Dios y a la ley,
y infamando mi nobleza
y quitando a otro su esposa.

DON TELLO. Pues decidme, ¿quién lo niega?
¿Qué queréis?

DOÑA LEONOR. Que no os caséis.

DOÑA MARÍA. No os toca esa diligencia
a vos, Leonor, sino a mí;
que aunque mil muertes me diera,

no me casaría con él.

DON TELLO. Vive Dios, ingrata, necia,
que aunque el mismo Rey lo mande,
lo has de ser; y ya que aprecias
más que a mí, un pobre hidalguillo,
a pedazos mi violencia
te le ha de sacar del alma.

PEREJIL. Y habrá, como saca-muelas,
saca-hidalgos.

REY. (Aparte.)

¡Que esta injuria
escuche yo y la consienta!
Mas llegará su castigo.

DON TELLO. Yo traje una pasión ciega,
que fue solamente antojo,
de esa mujer, y logréla
porque ella lo permitió,
presumiendo, loca y necia,
que había de ser su esposo;
doyle de toda mi hacienda
lo que quisiere, y porfía
que me he de casar con ella.

REY. Pues, Señora, si don Tello
anda con tanta largueza
con vos, ¿qué más le pedís?

DOÑA LEONOR. Inés, ¿no ha estado muy buena
la intercesión?

INÉS. Todo es miedo.

DOÑA LEONOR. Pues teniendo al Rey tan cerca,
a su tribunal apelo,
que su tiranía suspenda.

DOÑA MARÍA. No será eso menester
donde está mi resistencia.

DON TELLO. Echad de aquí esas mujeres.

DOÑA LEONOR. Buen padrino trae mi pena.

DON TELLO. Siempre en los reyes se teme
más que la espada la alteza.

REY. Pues de don Pedro se dice
que es bizarro.

DON TELLO. Eso se cuenta
por haber muerto un cantor
y un clérigo.

REY. Aunque así sea,
todos son hombres.

DON TELLO. No todos
son ricos-hombres.

REY. (Aparte.)

Suspensa

dejo mi venganza ahora,
para que castigo sea.

DOÑA LEONOR. Ven, Inés; vamos al Rey.
(Vase con INÉS.)

ESCENA XIII

EL REY, DON TELLO, PEREJIL, MÚSICOS.

DON TELLO. Andad muy enhorabuena
retiráos todos adentro,
y mis bodas se suspendan;
que hoy es todo azar y enojos.

DOÑA MARÍA. (Aparte.)
Cielos, en tanta violencia,
pues otro amparo no tengo,
válgame la piedad vuestra.

PEREJIL. Ea, ¿qué aguardáis aquí?

DON TELLO. Hidalgo, si hacer desea
noche en Alcalá, en mi casa
se quedará, mas advierta
que es con una condición.

REY. ¿Qué?

DON TELLO. Que a nadie doy mi mesa.

REY. Dios guarde a vueseñoría;
que yo aceptara sin ella
el favor, a no pasar
a Madrid algo de priesa.

DON TELLO. Pues adiós.

REY. Guárdeos el cielo.

DON TELLO. Véngame a ver cuando vuelva
que me ha parecido, cierto,
buen hombre el buen Aguilera.

PEREJIL. Véngame a mí a ver también;
que yo le tendré a la vuelta
de Alcalá, al pasar el río...

REY. ¿Qué tendrá?

PEREJIL. La barca puesta.

REY. Dios os guarde.

PEREJIL. No acompañe,
quédese el buen Aguilera.

(Vanse todos, menos el REY).

ESCENA XIV

EL REY. Cielos, ¿que esto haya en Castilla,
y haya tenido paciencia
para no matarle a coces?
Mas mi majestad me deba

este noble sufrimiento;
que yo haré que en su cabeza,
los que me llaman cruel,
por justiciero me tengan.

Jornada segunda

Audiencia del REY.

ESCENA I

EL REY, DON GUTIERRE.

DON GUTIERRE. Esto Toledo ha pedido.

REY. ¿Mi hermano Enrique se ampara
de Toledo?

DON GUTIERRE. A Trastamara
pasaba, y le ha detenido
la ciudad, creyendo en vano,
fiada de glorias tantas,
que poniéndose a tus plantas,
vuelva a tu gracia tu hermano.
Esta es su carta.

REY. No puedo
templar con él mi pasión.
No es mala la intercesión;
que estimo mucho a Toledo.

DON GUTIERRE. Esta es del Conde, tu hermano.

REY. Guardadla para después.

Poderoso afecto es
la ira de un pecho humano;
de tres hermanos estoy
enojado y ofendido;
sólo mi furor olvido
cuando miro lo que soy.
Mis reinos alborotados
hoy por su causa se ven;
yo haré que quietos estén
cuando queden arrancados
(porque tumulto no haya)
de Llerena don Fadrique,
y de Astorga don Enrique,
y don Tello de Vizcaya.
¿A Alcalá se despachó?

DON GUTIERRE. Ya viene Tello García.

REY. ¡Que este hombre en mi reino había,
y no lo supiese yo!
Mas como vivo en Sevilla,

de quien Alcalá está lejos,
ve sólo el sol en reflejos
esta parte de Castilla.

DON GUTIERRE. Dicen que es hombre valiente.

REY. Yo lo he oído, y cuando veo
que él lo publica, lo creo
muy dificultosamente.

DON GUTIERRE. Diez hombres juntos escucho
que huyen de sólo su espada.

REY. Si son pícaros, no es nada,
y si son hombres, es mucho;
porque si tienen alientos,
reñir con dos es blasón,
y cuando pícaros son,
lo mismo es diez que docientos.
Mirad quién espera audiencia.

DON GUTIERRE. Ya, Señor, entrando van.

ESCENA II

UN SOLDADO, UN CONTADOR. -Dichos.

SOLDADO. Yo, Señor, soy capitán,
con veinte años de experiencia;
que en la guerra con el moro
la hambre y sed me han enseñado
que hallar no puede el soldado
la piedra de hacer el oro.
Pues deseando tener
con qué pasar como honrado,
aunque mi sangre he sembrado,
no he cogido qué comer.
Y siempre con las divisas,
de que cubierto me hallas,
he reñido más batallas
que me he mudado camisas.
Algún modo de vivir
por tantos servicios pido;
que el que yo hasta aquí he tenido
es el modo de morir.

REY. Con cuidado quedo.

SOLDADO. O infiel
he sido, o mal despachado,
pues cuanto yo he peleado
es porque vivas sin él;
y es de entrambos molestado,
cuando vengo a pretender,
irme yo sin qué comer,
y quedar vos con cuidado.

REY. Bien está.

CONTADOR. Yo soy, Señor,
de vuestra alteza premiado,
hijo de Andrés de Alvarado,
que fue vuestro contador;
y porque os sirvió tan bien,
vuestra piadosa atención
me dio la administración
de alcabalas de Jaén.

Y para cuatro años van
que a este oficio asisto atento.

REY. No estaréis vos tan hambriento
como el pobre capitán.

CONTADOR. La de Murcia vacó ayer,
y por mi servicio pido
me mejoréis de partido.

REY. Y ¿es servicio enriquecer?

CONTADOR. Pues ¿no os sirve mi cuidado?

REY. No es sino pedir de vicio,
pues me alegáis por servicio
lo que por premio os he dado.

Si justa merced fue aquélla,
y la estáis gozando ya,
servirla bien servirá
de conservaros en ella.

No llaméis a la desdicha
y vuestro oficio gozad;
que tener comodidad
no es menester, sino dicha.

A ese capitán le den
aquesa administración.

SOLDADO. Señor, es mucha razón.

CONTADOR. Miradlo, Señor, más bien;
que no tendrá suficiencia
quien esto no ha ejercitado.

REY. Para estar acomodado
cualquiera tiene experiencia.

De ayuda de costa os den
docientos escudos luego.

SOLDADO. Logres tu reino en sosiego
la edad de Matusalén;
y pues hoy tal dicha gano,
sea cabal el interés,
dándome, Señor, los pies.

REY. No os daré, sino la mano.

(Dale la mano.)

SOLDADO. Quedo, Señor, que me muero;

soltad, vive Dios, u osado...
REY. Así quiero yo el soldado.
SOLDADO. Y así yo los reyes quiero.
(Vase con el CONTADOR.)

ESCENA III

DON RODRIGO, EL REY, DON GUTIERRE.

DON RODRIGO. A vuestras plantas, Señor...

Mas ¡qué miro!

REY. No os turbéis;

alzad, decid, ¿qué queréis?

DON RODRIGO. Reverencia es el temor;

pero ya habiéndoos mirado,

pues de mi queja noticia

tenéis, con pedir justicia,

quedáis, Señor, informado.

REY. Que digáis la queja es ley.

DON RODRIGO. Ya que la sabéis infiero.

REY. La oí como pasajero,

y la ignoro como rey.

DON RODRIGO. Pues, Señor, Tello García,

el rico-hombre de Alcalá,

aquel a quien nombre da

del poder la tiranía,

a mi esposa me robó

del modo que ya supisteis.

REY. Si vos se lo consentisteis,

también lo consiento yo.

DON RODRIGO. Quitóme la espada, y ciego

me atajó acción tan honrada.

REY. Y ¿os quitó también la espada

que pudisteis tomar luego?

DON RODRIGO. Yo de su poder no puedo,

señor, mi agravio vengar.

REY. ¿Luego se viene a quejar

no la injuria, sino el miedo?

DON RODRIGO. Esto, Señor, no es temer,

sino el poder de su nombre.

REY. Y cuando está solo ese hombre,

¿riñe con él el poder?

DON RODRIGO. Pues cuando justicia os pido,

¿que riña con él mandáis?

REY. Yo no quiero que riñáis,

sino que hubierais reñido.

DON RODRIGO. No quise, aunque fuera airosa

la acción, darla esa malicia.

REY. No va contra la justicia

el que defiende a su esposa;
y habiéndolo ya intentado,
de no haberlo conseguido
quedabais más ofendido,
mas veníais más honrado;
que yo, atento a la razón,
podré mandarle volver
a ese hombre vuestra mujer,
pero no a vos la opinión.

DON RODRIGO. Pues cobrará la mi pecho.

REY. Ya os costará mi castigo
si lo hacéis; que agora os digo
que no estuviera mal hecho.
Andad, que su sinrazón
castigaré.

DON RODRIGO. Y ¿no podré,
pues sin ella quedaré,
cobrar yo antes mi opinión?

REY. Sí y no.

DON RODRIGO. Pues ¿cuál haré yo
entre un sí y un no que oí?

REY. Don Pedro dice que sí,
y el Rey os dice que no.

DON RODRIGO. Pues ya que en mi honor infiero
tal mancha, lavarla es ley;
que aunque me amenaza rey,
me aconseja caballero. (Vase.)

ESCENA IV

DOÑA LEONOR, INÉS. -EL REY, DON GUTIERRE.

DOÑA LEONOR. Si de la justicia el celo
al Rey, Inés, no le mueve,
no hay a culpa tan aleve
más tribunal que el del cielo.

DON GUTIERRE. Mirad que el Rey os espera.

DOÑA LEONOR. Ya yo llego. Mas (¡ay Dios!)
¿este es el Rey?

REY. ¿Quién sois vos?

DOÑA LEONOR. Habiéndoos visto, quisiera
que vuestra piedad atenta
me excusase, gran Señor,
la vergüenza y el dolor
de referiros mi afrenta;
que sin decir mi bajeza,
no puedo a Tello García
culpar, pues su tiranía
comienza de mi flaqueza.

REY. Basta, ya tengo noticia
de donde su error comienza;
no os ha de costar vergüenza
el que yo os haga justicia.

DOÑA LEONOR. Pues, Señor, ya que sabéis
su delito y mi desdicha,
pues a no ser él ingrato
no fuera culpa la mía;
ya que sé que sois testigo
de sus soberbias esquivas,
pues se atrevió su desprecio
a vuestra persona misma,
supondré en mi propia queja
la ofensa vuestra y la mía;
que aunque a vos no llega el daño
con que yo soy ofendida,
la circunstancia sí llega;
que el que el honor tiraniza
de los humildes vasallos,
desprecia en vuestra justicia
el poder que los ampara
y el brazo que los castiga.
Y para que más os mueva
las iras que os justifican
(que aun en Dios las suponemos
cuando son justas las iras),
sabed, Señor, que a esas plantas
me traen las lágrimas mías,
llorando más en mi afrenta
infamias que tiranías.
Apenas, Señor, salí,
de su casa despedida,
con las injurias que visteis,
cuando a pedir vengativa
justicia de tanto agravio,
mi justo enojo camina;
y estando para Madrid
previniendo mi familia,
al coche con sus criados
llegó don Tello García,
y maltratando los míos,
hasta mi persona misma
padeció el desprecio infame
de sus manos atrevidas.
Desjarretaron las mulas
y el coche hicieron astillas,
diciendo: «Si hay rey que pueda

castigar mis demasías,
entre las otras, de aquesta
venganza también le pidan.»
Yo de su furor huyendo,
no busqué prevención digna;
que no siendo la decente
posible, hallé la precisa.
Sin decoro, Señor, vengo,
que no dejó mi desdicha
en mi honor ni en mi respeto
parte que no esté ofendida.
Defendedme, gran Señor,
de quien no sólo me quita
el honor, pero también
la queja me tiraniza.
Porque mi dolor os busca
para quejarme, se irrita;
y me dobla las afrentas
porque lloro mi desdicha.
Quitarle al dolor la queja
es la postrer tiranía;
que al golpe, Señor, que hiera,
¿quién el sonido le quita?
Deste agravio la venganza,
a vos, Señor, os obliga;
que vos sois el agraviado,
aunque yo soy la ofendida.
A quien de satisfacerse
no es capaz, si bien se mira,
el agravio no le ultraja,
aunque la ofensa le oprima.
En tanto la injuria afrenta,
en cuanto en quien la reciba
hay respeto que se pierde,
y riesgo que no se mira.
Por esto al que está sin armas
no le afrenta, aunque le irrita,
la injuria, porque le falta
el brazo que la resista.
Luego si en mí no hay poder
para resistir sus iras,
no es mi pecho a quien agravian,
aunque es él a quien lastiman,
sino el vuestro; porque siendo
quien al humilde apadrina,
y cuando en vos su defensa
es obligación precisa,

el que al inferior ultraja,
pierde con su tiranía
a vuestro amparo el respeto,
y el temor a la justicia,
que es en vuestra regia mano
la rienda con que caminan
con freno los poderosos,
y los humildes con guía.
No se desboque, Señor,
su soberbia a su malicia,
pues vuestro imperio asegura
que su furor le reprima.
Y no os fiéis del decoro
de vuestra soberanía;
que quien no os teme, Señor,
os amaga, aunque no os tira.
Y cuando el caballo corre
desbocado, no peligra
solamente el que atropella,
sino el que lleva en la silla.
Caiga esta soberbia planta,
que ya crece tan altiva,
que subiendo como trono,
ya como nube os eclipsa.
Y si como buen cultor,
no está tan endurecida,
que podáis cortar las ramas
de su soberbia, y se humilla
de suerte que no haga sombra
a las flores que marchita,
porque luz no les usurpe,
dejándole las precisas,
cortad las ramas ociosas;
y sin ser estorbo viva,
porque se enlace con él
la yedra que se le arrima.
Pero por mi honor os pido
que templéis la medicina,
sin usar de la violenta
hasta probar la benigna.
Córtese el brazo, Señor,
si todo el cuerpo peligra,
mas no quede manco y feo,
si a su sanidad no implica;
porque cuando a vuestras plantas
mis lágrimas solicitan
de mi dolor el remedio,

de mi decoro la vida,
la salud de mi dolencia,
y el descanso a mis fatigas,
Rey, padre y médico os halle;
y curando mi desdicha,
dando remedio a mi afrenta
y amparando mi justicia,
por vuestro honor mismo sea
regalo la medicina.

REY. Tan justo enojo provoca
en mi pecho esta noticia,
que me he menester yo todo
para refrenar mis iras;
mas yo daré en su castigo
circunstancias tan medidas
a su tirana altivez,
que su soberbia se rinda.
Ya yo estoy bien informado,
y espero a Tello García.
Esperadle vos también;
que pues venís a pedirla
hoy, antes que de palacio
salgáis, os haré justicia.
(Vase con DON GUTIERRE.)

ESCENA V

DOÑA LEONOR, INÉS.

INÉS. ¡Qué severidad, Señora!
¿Si hace nuestra fantasía
la majestad en los reyes?
Porque cuando allá en la villa
le vimos, me pareció
tan hombre, que yo podía
determinarme a tentarle;
y acá es una estatua viva,
que yo pensé al escucharle
que hablaba de la otra vida.

DOÑA LEONOR. Tanto el oficio de rey
a la persona autoriza,
que se ve como deidad
al que como rey se mira.
Mas ¡ay Inés! ¿no es don Tello
el que viene?

INÉS. Y su familia,
que es más que la de Noé;
mas yo pienso que es la misma,
porque es todo cuanto hace

efecto de lo que brinda.

ESCENA VI

DON GUTIERRE, DON TELLO, PEREJIL, ACOMPAÑAMIENTO; todos a la puerta.

DOÑA LEONOR y INÉS, que se retiran.

DON GUTIERRE. Desde aquí habéis de entrar solo.

DON TELLO. Un rico-hombre de Castilla,

para entrar a hablar al Rey,

con sus deudos se autoriza:

todos han de entrar conmigo,

que esto es preeminencia mía.

Y caso que no lo fuera,

basta el ser de mi familia;

que vienen aquí escuderos

de nobleza tan antigua,

que al Rey no le deben nada.

PEREJIL. Y el Rey es quien debería,

si se ajustase la cuenta;

que aquí está una pobre hormiga,

que tuvo un padre tan noble,

que estuvo toda su vida

vertiendo sangre por él.

DON GUTIERRE. Muy gran soldado sería.

PEREJIL. No fue sino quien mataba

las aves de su cocina.

DON TELLO. Entren todos.

DON GUTIERRE. No entre nadie;

cerrad esa puerta aprisa.

Aquí ha de salir el Rey,

espere vueseñoría.

(Vase con el acompañamiento y cierran la puerta.)

ESCENA VII

DON TELLO, PEREJIL; DOÑA LEONOR y INÉS, retiradas.

DON TELLO. ¿Qué es que espere? ¿Yo esperar?

Pues el Rey de mi venida

¿no estaba ya prevenido?

Cuando que venga me avisa,

¿con tal desprecio me trata

cuando a la persona misma

del conde de Trastamara,

su hermano, es igual la mía

en el asiento y el trato?

¿Yo esperar?

PEREJIL. Si bien lo miras,

todo es llamarte judío.

DON TELLO. Volverse a Alcalá imagina

sin hablarle mi despecho.

PEREJIL. Déjalo para otro día,

que ahora no querrá la guarda.

DON TELLO. ¿Qué guarda?

PEREJIL. ¿Qué? la amarilla,
que tiemblo della.

DON TELLO. ¿Por qué?

PEREJIL. Yo la tengo antipatía,
porque es del color del miedo.

DON TELLO. ¡Que a mí me cierren!

PEREJIL. Malicia

es cogerte en ratonera,
y imagino...

DON TELLO. ¿Qué imaginas?

PEREJIL. Que han de soltarnos al gato.

(Repara DON TELLO en DOÑA LEONOR.)

DON TELLO. Mas ¿quién es?

PEREJIL. ¡Santa Lucía!

Vive Dios, que este es el queso;
pescáronnos en la mina.

DON TELLO. ¡Quién es?

PEREJIL. ¿No sois vos Leonor?

(DOÑA LEONOR y INÉS se presentan)

DOÑA LEONOR. Yo soy la desconocida,

Don Tello, y vos el ingrato.

DON TELLO. Vendréis a pedir justicia.

DOÑA LEONOR. Sí vengo.

DON TELLO. ¡Bueno, por cierto!

PEREJIL. Pues ¿te espantas de que pidan?

DON TELLO. Pues porque os desengañéis

ahora veréis lo que estima

el Rey hombres como yo,

en quien su imperio se fía.

DOÑA LEONOR. No es dudable, pues os llama.

PEREJIL. ¿Cómo llamar? Nos convida

a almorzar, que le han traído

tocino de Algarrobillas.

INÉS. Sí será; mas podrá ser

que os haga mal la comida,

si coméis de convidados.

PEREJIL. Nadie en palacio se ahíta,

principalmente galanes,

que lo que comen suspiran.

DOÑA LEONOR. Con toda esa vanidad,

fío yo de la justicia

del Rey, que nos haga iguales.

DON TELLO. ¿En qué?

DOÑA LEONOR. En distribuirla.

DON TELLO. ¿Qué es iguales?

PEREJIL. ¿Qué es iguales?

¡Iguálársenos querían!

¿Somos nosotros gazapos

o perdigones de rifa?

DOÑA LEONOR. ¿Tan difícil es?

PEREJIL. Y tanto,

que más presto igualaría

unos órganos el Rey,

que a mi amo con la misma

gran Cenobia; ¿qué es Cenobia?

Ni con la infanta Sevilla,

ni la Giralda; aunque fuera

más alta catorce picas

ni aún quince.

INÉS. Mire que es falsa.

PEREJIL. Por eso ustedes envidan.

DON TELLO. Perejil, deja esas locas.

DOÑA LEONOR. Inés, esta demasía

parará en mayor ultraje;

quitémonos de su vista.

INÉS. Vamos. Luego lo verédes.

(Vase con DOÑA LEONOR.)

ESCENA VIII

DON TELLO, PEREJIL; luego EL REY y DON GUTIERRE.

PEREJIL. Agrájes lo pronostica,

pero el Rey sale, Señor...

DON TELLO. Vive Dios, que está corrida

mi vanidad de que el Rey

deste modo me reciba.

(Entra el REY leyendo una carta, y pasa por delante de DON TELLO sin reparar en él.)

DON GUTIERRE. Esa, Señor, es su carta.

REY. Mucho mi hermano me obliga.

DON TELLO. Perejil, ¡qué es lo que veo!

PEREJIL. Por las santas letanías,

que es este el buen Aguilera.

DON TELLO. ¿Quién es?

PEREJIL. Él es por la pinta.

DON TELLO. Sin mí estoy de haberle visto.

PEREJIL. Ya te espera; llega aprisa.

REY. (Lee.) «Cuando la ley del buen vasallo

»no me obligara al rendimiento que

»debo a vuestra alteza...»

DON TELLO. A vuestros pies, gran Señor,
está don Tello García.

(El REY le mira, y prosigue leyendo.)

REY. «La razón de vuestro hermano no me
»dejará faltar a esta obligación.»

DON TELLO. ¿Qué puede ser esto? El Rey
no me oye o no me mira.

PEREJIL. Álcese el buen Aguilera.

DON TELLO. A vuestras plantas se humilla...

REY. (Lee.) «Y para demostración de mi
»obediencia, espero licencia de vues-
»tra alteza para ponerme a sus pies...»

DON TELLO. Si vuestra alteza, Señor,
en mí no ha puesto la vista...

PEREJIL. Sordo está el buen Aguilera.

DON TELLO. Que me miréis os suplica...

REY. (Lee.) «Y para que si le enoja mi poca
»fortuna, castigue en mí, no la culpa,
»sino la desdicha...»

DON TELLO. Dé vuestra alteza la mano...

(Aparte. ¿Esto conmigo se estila?)

PEREJIL. Siéntese el buen Aguilera.

DON TELLO. Si vuestra alteza no mira...

REY. (Lee.) «Que siempre en mí será de
»más precio su desenojo que mi vi-
»da. El conde de Trastamara.»

PEREJIL. Tampoco el buen Aguilera
usa en su casa el dar silla.

DON TELLO. Señor, llamado de vos...

REY. ¿Quién es?

DON TELLO. Don Tello García.

REY. Guardad, Gutierre, esa carta.

(Vase con DON GUTIERRE.)

ESCENA IX

DON TELLO, PEREJIL

PEREJIL. Este estilo es de Castilla.

DON TELLO. ¿Desprecio a mí? Ya se abrasa
el corazón con más veras.

PEREJIL. Pues ¿quién son los Aguileras,
escuderos de mi casa?

DON TELLO. Pues ¿no lo son?

PEREJIL. Ya lo infiero.

DON TELLO. En mi sangre es cosa extraña.

PEREJIL. Mas, como es de la Montaña,
anda tonto este escudero.

DON TELLO. ¿Con las vanidades más
usa el Rey tal desagrado?

PEREJIL. Señor, le habrán ya informado...

DON TELLO. ¿De qué?
PEREJIL. De tus niñerías.
DON TELLO. Todos, con semblante esquivo,
no hicieron caso de mí.
PEREJIL. Sí han hecho caso de ti,
pero ha sido acusativo.
DON TELLO. Pues desprecia mis trofeos,
cuando me haya menester
a Alcalá me vendrá a ver.
Vamos de aquí.

ESCENA X

EL REY. -Dichos.
REY. Detenéos.
DON TELLO. Señor, yo... porque resista
mi pecho... a vos el favor...
REY. Quien no me tiene temor
¿cómo se turbó a mi vista?
DON TELLO. Yo no me turbo.
PEREJIL. Es verdad,
que como no ha consumado,
aun no está recién casado.
REY. (Aparte. Yo haré que os turbéis.) Llegad.
(Deja caer un guante.)
DON TELLO. A vuestros pies, gran señor...
El guante se os ha caído.
REY. ¿Qué decís?
DON TELLO. Que yo he venido...
REY. ¿Dúdolo yo?
DON TELLO. Si es favor,
cuando a besaros la mano
vengo, que el guante perdáis...
REY. ¿Qué decís? ¿No me le dais?
DON TELLO. Tomad. (Levántale.)
REY. Para ser tan vano,
¿os turbáis? ¿Qué os embaraza?
DON TELLO. El guante.
(Dale el sombrero por el guante.)
REY. Este es sombrero,
y yo de vos no le quiero
sin la cabeza.
PEREJIL. ¡Zaraza!
REY. En fin, ¿vos sois en la villa
quien al mismo Rey no da
dentro de su casa silla:
el rico-hombre de Alcalá,
que es más que el Rey en Castilla?

¿Vos sois aquel que imagina
que cualquiera ley es vana?
Sólo la de Dios es dina;
mas quien no guarda la humana,
no obedece la divina.
¿Vos quien, como llegué a vello,
partís mi cetro entre dos,
pues nunca mi firma o sello
se obedece, sin que vos
deis licencia para ello?
¿Vos quien vive tan en sí,
que su gusto es ley, y al vellas,
no hay honor seguro aquí
en casadas ni en doncellas?
Esto ¡lo aprendéis de mí!
Pues entended que el valor
sobra en el brazo del Rey,
pues sin ira ni rigor
corta, para dar temor,
con la espada de la ley.
Y si vuestra demasía
piensa que hará oposición
a su impulso, mal se fía;
que al herir de la razón
no resiste la osadía.
Para el Rey nadie es valiente,
ni a su espada la malicia
logra defensa que intente;
que el golpe de la justicia
no se ve hasta que se siente.
Esto sabed, ya que no
os lo ha enseñado la ley,
que vuestro error despreció;
porque después de ser rey,
soy el rey don Pedro yo.
Y si a la alteza pudiera
quitar el violento efeto,
cuyo respeto os altera,
mi persona en vos hiciera
lo mismo que mi respeto.
Pero ya que desnudar
no me puedo el ser de rey,
por llegároslo a mostrar,
y que os he de castigar
con el brazo de la ley.
Yo os dejaré tan mi amigo,
que no darne cuchilladas

queráis; y si lo consigo
a cuenta de este castigo
tomad estas cabezadas.
(Dale contra un poste y vase)

ESCENA XI

DON TELLO, PEREJIL

DON TELLO. ¡Cielos, con tal deshonor,
a mí ultraje tan infame!

¡Que para esto el Rey me llame!

PEREJIL. ¿Dolióte mucho, Señor?

DON TELLO. ¡Ay de mí! sin alma debo
de sentir pena tan rara;

¿conmigo afrenta tan clara?

PEREJIL. Es por si has menester huevo.

DON TELLO. ¡Que el Rey las manos osadas
ponga en tan nobles vasallos!

PEREJIL. Sabe que tienes caballos,
y te da las cabezadas.

DON TELLO. Más que el furor de sus manos,
siento que aje mis blasones.

PEREJIL. Apriétate en los chichones
unos cuartos segovianos.

DON TELLO. ¿No pudiera la lealtad
vengarse deste furor,

sin que fuera deshonor

agraviar la majestad?

Que entonces de mi nobleza

el brazo se había de ver,

aunque juntase el poder,

el valor y la grandeza.

Mas si impulsos soberanos

ofenden al inferior,

¿qué valor es, si al valor

ata el respeto las manos?

Fuera en campaña, y no aquí,

y fuera el reñir blasón.

PEREJIL. Riñe tú con morrión;

que yo apostaré por ti.

DON TELLO. ¿Qué dices, necio, villano?

¿Tú contra mí el labio mueves?

¿Ni aun con la queja te atreves

a lo que es poder tirano?

PEREJIL. Yo no hablo mal de su alteza.

DON TELLO. Pues, cobarde, ¿por qué no,
si me agravia?

PEREJIL. Porque yo

escarmiento en tu cabeza.
Mas ya que el darte le plugo,
vete, y teme la ocasión;
porque de algún coscorrón
se suele alzar un verdugo.
Y veslo aquí dicho y hecho,
porque por aquel postigo
viene aquí un tropel de guardas,
y es mala señal, por Cristo,
que tú no eres monumento.

ESCENA XII

DON GUTIERRE, DOÑA MARÍA, DOÑA LEONOR, INÉS, GUARDAS. -Dichos.

DON GUTIERRE. Entren, señoras, conmigo.

PEREJIL. No es nada lo que va entrando.

DON TELLO. ¡Válgame el cielo! ¡qué miro!

¿Aquí está doña María?

PEREJIL. A fe que te la han traído

antes que ella haya llegado.

DON GUTIERRE. Don Tello, como ministro,

a quien esta diligencia

encarga el Rey, he venido

a que aquí reconozcáis

estas señoras.

PEREJIL. ¡Qué lindo!

Con esto a mí me dan sogas.

DON TELLO. Ya las he reconocido:

una, porque fue mi dama;

y otra, porque solicito

que sea mi esposa.

DOÑA LEONOR. Tened.

La dama, si habláis conmigo,

lo fue por vuestra traición;

porque yo del honor mío

dueño os hice, con palabra

de esposo.

DON TELLO. ¿Quién os ha dicho

que yo lo niego? Es verdad.

DOÑA LEONOR. Pues si vuestra dama he sido,

a lo que es engaño vuestro

no llaméis intento mío.

DOÑA MARÍA. Y si hacerme vuestra esposa

queríais, no con motivo

de voluntad en mi afecto,

sino tirano y altivo,

robándome de mi esposo,

que os eligió por padrino.

DON TELLO. Todo es así; mas ¿qué importa
que yo de un pobre hidalguillo
quite o robe la mujer,
cuando, atento, se la quito
antes que su esposa sea?
DON GUTIERRE. De lo que habéis respondido
haré información al Rey.
DON TELLO. Decidle que yo lo digo;
y si esto tiene por culpa
que merezca su castigo,
se acuerde que le defiende
sus reinos.

ESCENA XIII

DON RODRIGO; luego, EL REY. -Dichos.
DON RODRIGO. Arrepentido,
de cobarde, espero aquí
a don Tello; mas ¡qué miro!
Aquí están él y mi esposa.
Quien halla lo que ha perdido,
en cualquiera parte puede
cobrarlo, y el honor mío
está en tu vida. (Saca la espada.)
DON GUTIERRE. ¿Qué es esto?
PEREJIL. Que ha venido su marido.
DON GUTIERRE. El Rey sale; deteneos.
REY. (Sale.)
¿Qué es esto?
DON TELLO. Haberse atrevido
un hidalgo a mi persona,
por haber acaso visto
que no me da vuestra alteza
el honor de que soy digno.
DON RODRIGO. Yo le hallé aquí con mi esposa,
y aquí cobrarla he querido.
REY. Pues ¿en palacio? Prendedlos.
DON RODRIGO. Pues, Señor, ¿no me habéis dicho
que puedo cobrar mi honor
sin que cometa delito?
REY. No aquí ni en esta ocasión,
donde perdéis, atrevido,
a mi decoro el respeto,
y el temor a mi castigo.
Llevadlos. Y advertid vos
que es don Pedro el que lo dijo,
y quien os prende es el Rey.
DON TELLO. Yo solo las armas rindo

a vuestra alteza.

DOÑA MARÍA.

Señor,

yo por mi esposo os suplico.

REY. Ya ninguno podrá serlo

de los dos; y así, os aviso

que os retiréis a un convento,

o busquéis otro marido.

DOÑA MARÍA. Temblando voy de su vista. (Vase)

DON GUTIERRE. Venid entrambos.

DON RODRIGO.

Ya os sigo.

(Vase con los guardas.)

ESCENA XIV

EL REY, DON GUTIERRE, DON TELLO, DOÑA LEONOR, INÉS, PEREJIL.

REY. Esperad, don Tello, vos.

Gutierre, ¿qué ha respondido

Don Tello a doña Leonor?

DON GUTIERRE. Que es verdad que la ha debido

su honor y la dio palabra

de ser su esposo.

REY. (A DON TELLO.)

Cumplidlo,

dándola luego la mano.

DON TELLO. Vos, Señor, de mi albedrío

no sois dueño.

REY.

Así es verdad.

DON TELLO. Pues si yo contra mí mismo

no he de ser, dando la mano

a mujer que he aborrecido,

de mi hacienda, que lo sois

(cuando haya sido delito),

la podéis satisfacer,

sin violentar mi albedrío;

que en un hombre como yo,

sobrado será el castigo

de quitarme de mi hacienda

lo que parezca medido

para paga de su honor.

REY. Aceptar ese partido

toca a la parte, no a mí.

DOÑA LEONOR. Pues yo, Señor, no le admito;

que si el oro, siendo tanto

lo que la tierra atesora,

y las perlas que la Aurora

cuaja con líquido llanto,

se juntase agora a cuanto

don Tello me puede dar,

no bastaran a esmaltar
la mancha que hacerme intenta;
porque es un yerro la afrenta
que no se puede dorar.

Mientras palabra me dio
de esposo, honrada me infiere;
cuando dice que no quiere,
lustre y honor pierdo yo.

Para lo que prometió
tengo sobrada nobleza;
mire ahora vuestra alteza
si me la debe cumplir,
porque yo no he de salir
sin la mano o la cabeza.

DON TELLO. Los ricos-hombres no pueden
morir por esos delitos.

REY. ¿Quién estableció esa ley?

DON TELLO. Privilegios concedidos
de reyes, abuelos vuestros,
a los que grandes nacimos.

REY. ¿Serán más reyes que yo?

DON TELLO. No, Señor.

REY. Pues si lo mismo
soy yo que ellos, de la ley
es árbitro quien la hizo,
y yo la sabré guardar
cuando importe a mis motivos.

Y derogarla también,
para hacer justo castigo.
Si vos prometisteis ser
esposo suyo, cumplidlo,
porque no os arriesgue el alma
con la vida ese delito.

Mas si debéis o no hacerlo,
no me toca a mí inquirirlo,
sino a vuestro confesor;
consultadle ese peligro,
porque, que os caséis o no,
mañana, por plazo fijo,
os cortaré la cabeza.

Llevalde ahora al castillo. (Vase.)

ESCENA XV

DON TELLO, DON GUTIERRE, DOÑA LEONOR, PEREJIL, INÉS.

DON TELLO. Cielos, ¡qué es esto que escucho!

PEREJIL. ¡Cáscaras! dijo Andresillo.

DON TELLO. ¿Aquí no hay apelación?

DON GUTIERRE. La de hacer lo que os ha dicho,
si importa a vuestra conciencia,
porque el Rey ha de cumplirlo.

DON TELLO. Bien podrá por la grandeza;
mas si pudiera mi brío,
depuesta la majestad,
que confieso que he temido,
yo hiciera...

DON GUTIERRE. Vamos; que es esto
justificar el castigo.

DON TELLO. En fin, ¿vamos a morir?

DOÑA LEONOR. ¿Que en fin, don Tello, has querido
dar primero la cabeza
que la mano?

DON TELLO. Ya es preciso
lo que el poder quiere.

PEREJIL. Inés,
si te acuerdas, pues ha sido
todo manos y cabezas,
¿fue en sábado este delito?

INÉS. Si tú hubieras dicho lunes,
no hubiera en sábado sido.

PEREJIL. Mal haya mi lengua infame.

DON TELLO. Ya no hay que tratar, amigo,
sino de enmendar el yerro.

DOÑA LEONOR. Si eso intentas, aun resquicio
abre a la piedad el ruego.

DON TELLO. Ya no podrás conseguirlo.

DOÑA LEONOR. Pues ¿tú querrás ser mi esposo?

DON TELLO. No lo querrá el albedrío;
mas querrálo la violencia.

DOÑA LEONOR. Pues yo a hallar piedad me obligo.

DON TELLO. Ya, Leonor, será imposible.

DOÑA LEONOR. ¿Por qué?

DON TELLO. Porque el Rey lo ha dicho.

DOÑA LEONOR. La amenaza no es palabra.

DON TELLO. Téngole muy ofendido.

DOÑA LEONOR. ¡Ah, don Tello, a qué mal tiempo
reconoces tus delitos!

DON TELLO. ¡Ah, Leonor, qué tarde vuelvo
a mi olvidado cariño!

DOÑA LEONOR. Yo iré a llorar.

DON TELLO. Yo a morir.

DOÑA LEONOR. Yo a solicitar tu alivio.

DON TELLO. Ya, Leonor, mi vida es tuya;
no defiendes lo que es mío.

(Vase con DON GUTIERRE.)

DOÑA LEONOR. ¡Cielos, siempre un desdichado
halla entre otro mal su alivio! (Vase.)

ESCENA XVI

INÉS, PEREJIL.

PEREJIL. A buen tiempo se requiebran.

INÉS. ¿Perejil?

PEREJIL. ¿Repollo mío?

INÉS. Tú ¿no me darás la mano?

PEREJIL. Antes yo a ti te la pido;
porque voy a dar un salto.

INÉS. ¿No te has de casar conmigo?

PEREJIL. No.

INÉS. Pues te llevará el diablo.

Menos mal será.

INÉS. ¿Qué has dicho?

PEREJIL. Que más demonio me lleva
si yo me caso contigo.

Jornada tercera

Sala del alcázar

ESCENA I

DOÑA MARÍA, DOÑA LEONOR, INÉS.

DOÑA LEONOR. Ya, bella doña María,
el rigor es impiedad,
la venganza es crueldad
y la queja es tiranía.

Ya está don Tello rendido,
y a muerte está condenado,
y de verle tan postrado,
el pueblo a piedad movido.

Temple tu venganza pues
el ver que, aunque te ofendió,
en tu honor no te injurió
aunque pudo descortés.

Y no vengas desta suerte,
cuando le acusa la ley,
a hacer que apresure el Rey
los términos de su muerte.

INÉS. Ten lástima de la pena
de Perejil infelice,
que, si escapa desta, dice
que se ha de hacer yerba-buena;
que, como tiene costumbre

de afligirse de un pesar,
si le sacan a ahorcar,
se ha de ahogar de pesadumbre.

DOÑA MARÍA. Leonor, si de mi venida
presumís esta intención,
no sabéis en la aflicción
en que llego a ver mi vida.
Preso don Rodrigo está
porque en palacio el acero
sacó, y el rigor severo
de la justicia le da
sentencia esquiva de muerte,
bien que admite apelación;
y con esa pretensión
a palacio desta suerte
vengo a ver si rigor tanto
puede mi llanto templar.

DOÑA LEONOR. Pues desda suerte ayudar
nos podemos con el llanto.

INÉS. Señora, al llanto te agarra,
y lloremos a la par;
que más fácil de templar
será un rey que una guitarra.
Que si a sollozos y llantos
su dureza enternecemos,
siendo Pedro el Rey, diremos:
«Parece que somos santos».

DOÑA LEONOR. Pues al paso le esperemos;
que por aquí ha de salir.

INÉS. Dios nos lo deje plañir
de modo que le ablandemos.

ESCENA II

EL REY, DON GUTIERRE, CRIADOS. -Dichos.

REY. Cerrad, Gutierre esa puerta;
que no ha de salir de aquí...

DON GUTIERRE. ¿Quién, Señor?

REY. (Aparte. ¡Estoy sin mí!)

¿Quién entró, no estando abierta?

DON GUTIERRE. Aquí, Señor, nadie ha entrado
que dé a tu enojo ocasión.

REY. (Aparte. ¿Qué me quiere esta ilusión?

No da a mi valor cuidado
tanto marcial desacierto,
ni se le dieron esquivos
tantos enemigos vivos,
y ¿quiere dármele un muerto?

Desde que airado maté
aquel clérigo atrevido,
en cualquier parte ofendido
la imaginación le ve
siempre, que esté solo o no,
se me viene al pensamiento,
y que he de ser dice al viento:
«Piedra en Madrid». ¿Piedra yo?
Pero ¿por qué esta visión
me obliga a mí a discurrir?
Piedra seré en no sentir
tan vana imaginación.)
Gutierre, ¿has notificado
a don Tello la sentencia?

DON GUTIERRE. Ya está de la diligencia
el Secretario encargado,
y ya el Infante ha partido.

REY. No quiero que se publique
que espero a mi hermano Enrique
hasta que él haya venido;
que en él y en Tello han de ver
mi castigo y mi perdón
juntos.

DON GUTIERRE. Y será razón.

REY. (Aparte.)

Así te doy a entender
que, pues su soberbia loca,
como rey, tengo postrada,
le he de hacer ver con la espada
lo que a mi valor le toca.

DOÑA LEONOR. Lleguemos, doña María,
que esta es la ocasión mejor.

A vuestras plantas, Señor...

REY. ¿Qué queréis?

DOÑA LEONOR. La pena mía
no puede. Señor, venir

sino a pedirlos a vos;
que si os mira como a Dios,
fuerza es que venga a pedir.

REY. Justicia me habeis pedido,
y ya la he mandado hacer.

DOÑA LEONOR. Pues lo mismo viene a ser,
Señor, lo que agora pido;
Pues, según de vos se indicia,
por ser imagen de Dios,
lo mismo ha de ser en vos
la piedad que la justicia.

Pues si arrepentido el hombre
llegáis, gran Señor, a ver,
tener piedad es hacer
justicia con otro nombre.

DOÑA MARÍA. Yo, Señor, del mismo daño
temerosa, a vuestros pies,
por ser del mismo interés,
su petición acompaño.

REY. ¿Qué pedís?

DOÑA LEONOR. A vuestra alteza
yo por entrambas, Señor,
lo diré, aunque con temor
de enojar vuestra grandeza.

REY. La petición que no es buena
nunca ofende la razón;
que una injusta petición,
negándola, se condena.

Y aunque la vuestra haya sido
no justa, escucharla es ley;
que a una y otra debe el Rey
tener igual el oído.

Que él por si nada resuelve;
mas con cuerda distinción
deja entrar a la razón,
y a la sinrazón la vuelve.

DOÑA LEONOR. Pues, generoso don Pedro,
cuya justicia la fama
pondera tanto, que deja
por exceso la alabanza;
yo, que, mi honor ofendido,
por lavar la oscura mancha
invoqué de vuestro brazo
la protección soberana,
en vuestra heroica justicia
provoqué defensa tanta,
que ya mi honor su castigo
tanto oprime como ampara.
Del delito de don Tello
venganza os pidió mi fama;
mas ya, aunque es justo el castigo,
es injusta la venganza.
Para merecer la pena
bastó el desprecio, la sacra
violencia de la justicia,
que vuestro valor iguala;
mas para no padecerla,
también a la ley le basta

que, arrepentido, la tema
el que ciego la quebranta.
De ser mi esposo don Tello
me cumple ya la palabra;
si el negarla le condena,
el cumplirmela le salva.
Revoque pues la piedad
lo que la justicia manda;
porque en su muerte, Señor,
soy yo la más castigada.
El pierde la vida, y yo
pierdo la vida y la fama,
en quien, teniendo mi honor,
se hizo ya prenda del alma.
Ya quien me ofendió me obliga;
que en quien se arrepiente y llama,
lo que como agravio irrita,
ya como lisonja halaga.
Ya, gran Señor, de don Tello
volvió a las culpas ingratas
la cara vuestro rigor,
vuestro desprecio la espalda.
Y pues de una y otra siente
ya el castigo, eso le basta;
¿Qué tiene que hacer el golpe
en quien rindió la amenaza?
Vuestra piedad solicita,
y ya postrado la aguarda;
¿para quién se hizo el perdón,
si el rendido no le alcanza?
En un castigo, Señor,
de quien mereció tu saña,
la justicia es quien condena,
y el poder es el que mata.
Pues si el poder os confieso
su rendimiento, ¿a qué pasa
la ejecución del castigo,
si más blasón os alcanza
lo que la justicia enmienda
que lo que el poder acaba?
Del árbol que al suelo inclina
las ramas, que vicio alarga,
por no malograr el fruto,
más dignos son de alabanza
los que la rama enderezan
que los que cortan la rama.
Si la victoria sin sangre

más al vencedor alaba,
logre aquí vuestra justicia
tan victoriosa alabanza,
justicia es cortar el paso
a una vida que va errada;
mas justicia y providencia
hacerla buena de mala.
Para que sirva un vasallo
con fe pronta, firme y grata,
es deuda en vos prevenirle
el premio de la esperanza.
Pues si le tenéis más fijo
aquí, por razones tantas
para lograrle más firme,
menos costa y más ventaja
será omitir un castigo
que conceder una gracia.
Y si aquí vuestra grandeza
la ha de conceder, logradla
en el amor de las dos,
pues conducidas entrambas
de una amorosa violencia,
venimos, a vuestras plantas;
que, aunque amor en nuestro oído
es indecente palabra,
el ser de nuestros esposos
la vuelve decente y casta.
Muévaos, Señor, al perdón
el justo dolor que causa
en nuestro amor su castigo;
la piedad, que más ensalza
el nombre de justiciero;
la justicia, que es más sacra
con freno que con azote;
la corona, que avasalla
más al perdón que al castigo;
la ley, que es más soberana
por las hojas de la oliva
que los filos de la espada;
que, cuando no sea en don Tello
cierta la enmienda, más falta
es perder un buen vasallo
que el daño que le amenaza.
REY. Ya venís tarde, Señora,
pues de don Tello la causa,
tiene ya justa sentencia,
que de mi mano firmada,

justicia y piedad supone,
y la concuerdan entrambas.

DOÑA MARÍA. Pues, Señor, mi petición,
no siendo la culpa tanta
de don Rodrigo, mi esposo,
halle en el rigor templanza.

REY. También respondí a la vuestra;
ya estáis las dos despachadas.

INÉS. Yo, Señor, también soy parte;
que si a Perejil me matan,
no tengo con qué comer
carnero ya, sino vaca.

DOÑA LEONOR. Señor, aunque haya sentencia,
dueño sois de revocarla;
mi pena y mi llanto os muevan,
y el honor que me restaura.

INÉS. No le degüellen; que harto
se degüella él, si se casa.

REY. La petición, que propuesta,
no me ofendió, replicada,
merecerá de mi enojo
el castigo. -Despejadlas,
Gutierre.

DON GUTIERRE. Salid, señoras.

DOÑA LEONOR. ¡Qué entereza tan extraña!

DOÑA MARÍA. ¡Qué semblante tan severo!

INÉS. (Aparte.)

Y ¡qué acedo de palabras!

DOÑA LEONOR. Temblando voy de su vista.

INÉS. (Aparte.)

Vamos; que pienso que habla
ciruelas por madurar.

DOÑA LEONOR. Murieron mis esperanzas.
(Vase con DOÑA MARÍA e INÉS.)

ESCENA III

EL REY, DON GUTIERRE.

REY. (Aparte. No solo por mi justicia
ha de quedar castigada,
para ejemplo a mis vasallos,
deste loco la arrogancia;
mas también por mi valor
ha de conocer que basta
a castigar su osadía
la violencia de mi espada.)
Gutierre, cuando esta tarde
las oscuras sombras caigan,

a la puerta del jardín,
con secreta vigilancia,
Me esperad, y allí tened
dos caballos y una espada,
y sólo un mozo los lleve.

DON GUTIERRE. ¿Espada vos? Pues ¿os falta?

REY. No; que aquí llevo la mía.

DON GUTIERRE. ¡Qué prevención tan extraña!

REY. Es que quiero llevar dos.

En la escuela de las armas
¿no habéis tomado lición
de reñir con dos espadas?

DON GUTIERRE. Sí, Señor; mas como sé
que vuestro valor no se arma
para ningunos peligros
jamás de aquesas ventajas,
esa prevención presumo
de más oculta venganza.

REY. Pues si presumís, Gutierre,
que importa para otra causa,
cuando yo no os la declaro,
sois necio en averiguarla;
que nadie tiene al criado
por consejero en su casa,
y aquel sirve al Rey mejor
que hace mejor lo que manda.

DON GUTIERRE. Yerro fue de mi fineza.

REY. Pues sed discreto en lograrla,
y en ver que, pues no os le fío,
el secreto es de importancia.

(Vanse.)

Prisión del alcázar.

ESCENA IV

DON TELLO, PEREJIL; UN SECRETARIO, con unos papeles; UN CRIADO.

SECRETARIO. En los decretos del Rey

pone nuestra diligencia
solamente la obediencia.

Ya veis, don Tello, que es ley
cumplir así su preceto;
ya no hay que apelar al brazo,
sino aprovechar el plazo
que os señala este decreto.

Mostrad valor y prudencia.

DON TELLO. ¿Eso es más que morir? Pues
¿qué valor es menester
para morir con violencia?

SECRETARIO. Que tengáis deciros quiero
valor para resistir.

PEREJIL. Claro es que para morir
antes es menester miedo.

DON TELLO. Mas cuando no me perdona,
mira el Rey, pues yo le irrito,
la calidad del delito,
y no la de mi persona.

Esto el Rey lo puede hacer;
pero atienda su rigor
que no me vence el valor,
si me condena el poder.

Y que si fuera me hallara
de la prision, ser pudiera
que en sus ministros no hubiera
quien a prenderme llegara.

SECRETARIO. Pues, ¿qué pudierais hacer
para intentaros librar?

PEREJIL. Pues ¿le quiere usted quitar
lo que pudiera correr?
Notifique usted, y tasa
no ponga en nuestro poder.

SECRETARIO. Pues ¿qué pudiera correr?

PEREJIL. Más que un alquiler de casa.

DON TELLO. No es tiempo de repugnallo;
y así, yo he de obedecello.

SECRETARIO. Eso es lo mejor, don Tello.

DON TELLO. Pues ya otro medio no hallo,
a Leonor haced venir;
que pues lo ordena mi estrella,
me desposaré con ella.

SECRETARIO. Eso voy a prevenir. (Vase.)

ESCENA V

DON TELLO, PEREJIL, UN CRIADO.

CRIADO. Vos también ya habréis oído
que a muerte estáis condenado.

PEREJIL. ¿Hámelo notificado?

CRIADO. Pues ¿no?

PEREJIL. Pues no lo he entendido.

CRIADO. ¿Cómo no?

PEREJIL. Digo que no;
vuelva usted, y no replique.

CRIADO. ¿Para qué?

PEREJIL. Usted notifique
hasta que lo entienda yo.

CRIADO. Pues oiga; que dice así,

y en la misma causa escritos:

«Por cómplice en sus delitos,

a Perejil...»

PEREJIL. Tenga ahí,

y de ver me haga merced

si dice ahí Pedro Gil.

CRIADO. Aquí dice Perejil.

PEREJIL. Pues deletréelo usted.

CRIADO. Perejil dice. ¡Hay tal caso!

PEREJIL. ¿Es verde la letra?

CRIADO. No.

PEREJIL. Pues ¿cómo puedo ser yo?

¿Hay perejil negro acaso?

CRIADO. Esos son vanos atajos.

Está sentenciado usted

a muerte de horca.

PEREJIL. ¿De qué?

CRIADO. De horca.

PEREJIL. Y ¿es horca de ajos?

CRIADO. Prevéngase.

PEREJIL. ¡Que mis castos

deseos mueran al viento!

CRIADO. ¿Qué dice?

PEREJIL. Que sólo siento

morir en el tres de bastos.

CRIADO. Haga lo que su señor.

PEREJIL. Diga que me manden dar

término para enviar

a llamar mi confesor.

CRIADO. Yo le traeré. ¿Dónde está?

PEREJIL. No está muy lejos de aquí;

en Londres.

CRIADO. ¿En Londres?

PEREJIL. Sí;

Que es canónigo de allá.

CRIADO. ¡Que piense ese desvarío!

Un fraile le haré enviar.

PEREJIL. Yo no me he confesar

sino en inglés, señor mío.

CRIADO. Pues mañana esos cuidados

perderá. Adiós. (Vase.)

ESCENA VI

DON TELLO, PEREJIL.

PEREJIL. ¿Qué es mañana?

Que ni en toda esta semana

puedo pensar mis pecados.

DON TELLO. Perejil, esto es violencia,
pero es justicia también;
y con Dios ponernos bien
es la mejor diligencia.

PEREJIL. ¡Yo morir haciendo gestos!
Ajusticiados los dos,
aunque puestos bien con Dios,
no quedamos muy bien puestos.
Mañana, en fin, por mí andala campanilla y los gritos.
¡Qué gran día de coritos,
si les toca la demanda!
Que todo el día es tragar
lo que juntan en su nombre:
«Para hacer bien por el hombre
que sacan a ajusticiar.»

DON TELLO. Ya va oscureciendo el viento
la noche lóbrega y triste;
que parece que la viste
su traje mi pensamiento.

PEREJIL. El mío no; que es morado,
y tira algo a columbino.

DON TELLO. ¿Por qué?

PEREJIL. En la lengua imagino
que he de salir ahorcado.

DON TELLO. ¿No hay luz en este castillo?

PEREJIL. Impiedad es no la dar.

Viendo aquí para espirar
dos hombres de garrotillo.

DON TELLO. Mala noche.

PEREJIL. Pues paciencia,
que a mí peor me lo aplican;
que como es de salto, pican
las pulgas de la sentencia.

DON TELLO. Ya, en mi desdicha, el consejo
de no malograrla tomo.

PEREJIL. Pues, por Dios, que es bravo como
pensar en el cordelejo.

DON TELLO. O es el temor que resisto,
o el postigo abriendo están
del castillo. ¿Quién será?

PEREJIL. Un confesor con un Cristo.

ESCENA VII

EL REY, DON GUTIERRE, que luego se retira. -Dichos.

REY. Desde aquí os podéis volver.

DON GUTIERRE. Sólo a obedecerte asisto. (Vase.)

PEREJIL. Muy devoto soy de Cristo,

REY. Es mal hombre.
PEREJIL. Y mal demonio;
que aun para diablo era malo.
DON TELLO. Pues con toda esa fiereza,
yo de encontrarle me holgara
donde no me embarazara
el respeto de la alteza.
PEREJIL. Le hicieras mil rebanadas;
que yo, por vida de san,
de solo comer tu pan,
estoy que broto estocadas.
REY. Ya yo sé que sois brioso,
y a vuestro brío inclinado,
libertaros he intentado,
de aficionado y piadoso.
DON TELLO. Pues ¿quién sois?
REY. No es para aquí
que arriesga la dilación
mi noble resolución.
PEREJIL. Pues ¿qué esperáis? pesia mí.
REY. Seguidme los dos.
PEREJIL. Corred
presto, Señor.
DON TELLO. ¿Quién será
quien este favor nos da?
PEREJIL. ¡Si es fraile de la Merced!
(Vanse.)
Parque. -Un pozo con brocal. -Es de noche.

ESCENA VIII

DON ENRIQUE, MENDOZA.
DON ENRIQUE. En esos álamos queden
los caballos hasta el día,
y la gente.
MENDOZA. La porfía
del sueño vencer no pueden.
DON ENRIQUE. Aquí quiero que aguardemos
al sol para entrar de día.
MENDOZA. Temo a tu hermano.
DON ENRIQUE. Porfía
en tus temores y extremos.
¿Qué temes de él?
MENDOZA. Que te tiene
envidia por tu valor,
y es poderoso.
DON ENRIQUE. El temor
de la culpa te previene;

mas tus recelos son vanos;
que el delito hace el temor.

MENDOZA. Pues ¿qué delito mayor,
si hay odio entre dos hermanos,
que atropellar cualquier ley?

DON ENRIQUE. Véte, Mendoza, a la mano;
que es ofenderme en mi hermano
y es irritarme en mi rey.

La mano vengo a besar,
porque licencia me ha dado,
y habiendo a sus pies llegado,
nada puedo aventurar;
y pues de su enojo injusto
es causa mi adversa estrella,
no quiero más logro della
que morir dándole gusto.

MENDOZA. Gente parece que viene
hacia aquí.

DON ENRIQUE. Guardas serán
del campo, que en vela están;
que no nos vean conviene.

MENDOZA. Bien será que te repares;
que aquí se van acercando.

DON ENRIQUE. Pues vámonos retirando
a orilla de Manzanares.

ESCENA IX

EL REY, que trae una linterna y dos espadas; DON TELLO, PEREJIL.

REY. Ya en este parque estamos más seguros.

DON TELLO. Alejémonos algo de los muros;
que temo mucho al Rey.

REY. Pues ¿tenéis miedo
del Rey?

DON TELLO. Si lo obrara su denuedo,
y cuerpo a cuerpo aquí yo le encontrara,
podría ser que el miedo se trocara;
pero riñe el poder con muchas manos,
con quien los bríos son alientos varios.

PEREJIL. Y luego tiene para ser valiente
una cara de sátiro de fuente,
que entre sus tentaciones pensar puedo
que al mismo san Antón le diera miedo.

REY. Ya que solos estamos, sabed, Tello,
que el libertaros, me movió a emprendello
vuestro valor.

DON TELLO. Y yo saber deseo
a quién debo favor como el que veo.

REY. Este criado ir puede a aquel molino
a traer una luz, que aquí previno
para esto una linterna mi cuidado,
porque me conozcáis; y asegurado
de quién yo soy, busquemos los caballos,
Por si no acierto dónde pude atallos.
PEREJIL. Y ¿hacia dónde, Señor, nos encaminas?
Porque yo tendré miedo en Filipinas.
REY. Portugal o Aragón serán reparo,
porque sus reyes os darán amparo;
que aquí os daré yo letras y dineros.
DON TELLO. Mas que librarme espero conoceros.
PEREJIL. ¿Dinero y letras? Vengan al instante;
que porque nuestro gozo te los cante,
las pondremos en solfa en el camino,
para que tengan fuga. Mas yo inclino
mis pasos a Aragón.
REY. ¿Por qué lo intentas?
PEREJIL. Porque yo tengo allí muchas parientas.
REY. Si allá tienes parientes, bien esperas.
PEREJIL. Soy, por vinoso, deudo de las peras.
REY. Pues ve a traer la luz.
PEREJIL. Iré volando,
y por las letras me vendré cantando.
(Vase.)

ESCENA X

EL REY, DON TELLO.

REY. Un bulto hacia aquí viene.

DON TELLO. Sin espadano puedo conocerle.

REY. Pues si osada

vuestra mano echa menos el acero,
tomad la mía; que llegarme quiero
por otra que al arzón traigo colgada,
y guardad este puesto con la espada.

DON TELLO. Eso no os dé cuidado.

REY. Temo que nos descubran.

(Vase y vuelve.)

DON TELLO. Lo aseguro

más que si esto quedara con un muro.
¿Quién será este hombre, cielos, cuyo trato
tanto me obliga, y con tan gran recato,
siempre cubriendo el rostro, me ha traído
Donde de un rey cruel me ha defendido?

(Sale el REY.)

REY. (Aparte.)

Ya ocasión ha logrado mi deseo

de ver si se compone mi trofeo
de respeto o valor, si esto consigo.

DON TELLO. Este es el bulto que asustó a mi amigo.

REY. ¿Quién va?

DON TELLO. ¿Quién lo pregunta?

REY. Quien desea

saber quién va.

DON TELLO. Muy mala vista tiene;

que quien quedo se está ni va ni viene.

REY. ¿Qué busca en este parque?

DON TELLO. Leña verde.

REY. ¿Qué buscáis?

DON TELLO. ¿Volvéis vos lo que se pierde?

REY. Yo mostraré a estocadas lo que hablo,

si no se va de ahí.

DON TELLO. Llévete el diablo.

REY. Váyase, o le echaré de aquí al momento

DON TELLO. ¿Cuántos vienen con él para el intento?

REY. En mí viene quien sobra.

DON TELLO. Pocos peones trae para la obra.

REY. Pues comiéndolo a ver.

DON TELLO. ¡Qué lindo tema!

¿Que, en fin, quiere reñir?

REY. ¡Donosa flema!

O arrojaréle de ahí.

DON TELLO. Tenga paciencia,

que yo le hartaré presto de pendencia.

Acérqueseme un poco.

REY. Riña y calle.

DON TELLO. No quiero yo cansarme por matalle.

(Riñen.)

(Aparte. Pulso tiene, por Dios, y trae la espada
no mal alicionada.)

REY. (Aparte.)

Bien repara y bien tira.

Tiene valor, y ya es menos mi ira;

que le cobro afición.

DON TELLO. (Aparte.)

¡Qué hombre haya habido

que sólo me resista! Estoy corrido.

REY. (Aparte.)

Vive el cielo, que Tello se defiende.

Casi me da cuidado; mas pretende

ya de mi furia resistirse en vano.

DON TELLO. La espada me has sacado de la mano.

REY. Tómala.

DON TELLO. ¿Cómo puedo,

si la fuerza perdí?

REY. ¿Me tienes miedo?

DON TELLO. Miedo no, envidia sí, pues me has vencido.

Mover no puedo el brazo. Hombre atrevido,

¿Quién eres? Que no sabes cuánta gloria
te da el haber logrado esta vitoria.

REY. ¿No me conoces?

DON TELLO. No.

REY. Luego yo solo
sin que el ser yo quien soy sea circunstancia,
¿confiesas que he vencido tu arrogancia?

ESCENA XI

PEREJIL, con la linterna encendida. -Dichos.

DON TELLO. No te lo puedo negar.

PEREJIL. Vengan letras y dinero;
que ya está la luz aquí.

¡San Pablo! ¿Qué es lo que veo?

REY. Al rico-hombre de Alcalá
a los pies del rey don Pedro.

PEREJIL. (Aparte.)

San Miguel está al revés.

DON TELLO. ¿Vos, sois, Señor?

REY. Si, don Tello,

que lo que tú deseabas

te he mostrado cuerpo a cuerpo,

parando tu vanidad,

porque veas que eres menos

que el clérigo y el cantor,

que maté acaso riñendo

con más aliento que tú,

para que sepas que puedo

hacer hombre con la espada

lo que rey con el respeto.

DON TELLO. Yo lo confieso.

REY. Pues ya

que por mí mismo te venzo;

y sabes que te vencí

en tu casa por modesto,

y por rey en mi palacio;

y en estos tres vencimientos

me has admirado piadoso

y valiente y justiciero,

véte, pues te dejo libre,

de Castilla y de mis reinos;

porque si en ellos te prenden

has de morir sin remedio:

porque si aquí te perdono,
allá, como rey, no puedo;
que aquí obra mi bizarría
y allá ha de obrar mi consejo.
Allá la ley te condena,
y aquí te absuelve mi aliento,
aquí puedo ser bizarro,
y allá he de ser justiciero.
Allá he de ser tu enemigo,
y aquí ser tu amigo quiero;
que allá no podré dejar
de ser rey, como aquí puedo;
porque para que riñeses
sin ventaja cuerpo a cuerpo,
me quité la alteza, y solo
vine como caballero.

DON TELLO. Sin mí estoy, y con más fe
tu majestad reverencio,
admiro tu bizarría,
y tu valentía tiemblo,
juzgando gloria el castigo
y honor este vituperio;
porque tú solo podrás
postrar mi valiente pecho.
Y así, dejando a Castilla,
tu voluntad agradezco.

PEREJIL. Y yo, Señor, de memoria
tomando tan buen consejo,
obedezco en tu mandado
voluntad y entendimiento.
Y con mis cinco sentidos
voy a correr como un viento;
que no quiero como un galgo,
por temer tu pan de perro.

REY. Junto aquel olmo está un hombre
con caballos y dineros;
que esto, García, es ser rey
y esto es ser valiente, Tello.

DON TELLO. Todo, Señor, lo conozco.

REY. Pues no dilateis el riesgo.

PEREJIL. ¿Qué es dilatar? Vamos desta.

DON TELLO. Mil veces tus plantas beso.

REY. Idos presto.

PEREJIL. Agur, jauná.

DON TELLO. (Aparte.)

Corrido voy.

PEREJIL. Vamos luego.

DON TELLO. Vamos.

PEREJIL. Lleve el diablo el alma
que gastare cumplimientos.
(Vase con DON TELLO.)

ESCENA XII

REY. Glorioso quedo de haber
ganado en un vencimiento
dos triunfos; que en un rendido
malogra el golpe el trofeo.
Ya el alba está muy vecina,
cerca aquí a palacio tengo.

UNA VOZ. (Dentro.)

Piedra has de ser en Madrid.

REY. ¿Qué escucho? ¡Válgame el cielo!
Esta voz, que en mis oídos
tanto horror hacen sus ecos,
vuelve a oír; pero ¿qué importa,
si es ilusión que padezco?
Recogerme quiero.

ESCENA XIII

UNA SOMBRA o ESPECTRO, con alta y manípulo de clérigo. -EL REY.

SOMBRA. Aguarda.

REY. ¿Quién me llama?

SOMBRA. Yo.

REY. ¿Qué veo?

Sombra o fantasma, ¿qué quieres?

SOMBRA. Decirle que en este puesto
has de ser piedra en Madrid.

REY. ¿Qué pregón me estás haciendo,
que así en Madrid me persigues?

SOMBRA. Llega, si quieres saberlo,
y en el brocal deste pozo
que está arrimado a este templo
(venerable como humilde,
glorioso como pequeño,
por haberlo edificado
Santo Domingo, asistiendo
el seráfico Francisco
en su fábrica), podemos
sentarnos.

REY. Viene va el día,
y detenerme no puedo.

SOMBRA. Siéntate; que eso es temor.

REY. Por desmentirte me siento.
Ya estoy sentado; prosigue.

SOMBRA. ¿Conócesme?

REY. Estás tan feo,
que no me acuerdo, si no eres
demonio que persiguiendo
me estás.

SOMBRA. No; vuelve a sentarte.

REY. Sí haré.

SOMBRA. Yo, Nerón soberbio,
soy el clérigo a quien diste
de puñaladas.

REY. ¿Yo?

SOMBRA. Es cierto.

REY. Mas anduviste atrevido;
y aunque fue justo tu celo,
ni a mí, rey, me respetaste,
ni era tuyo aquel empeño.

SOMBRA. Es verdad; más te amenaza
con el mismo fin el cielo
con este agudo puñal,
(Quítale el puñal a DON PEDRO.)
con el cual tu hermano mismo
de tus ciegos precipicios
dará a Castilla escarmiento.

REY. ¿A mí mi hermano? ¿Qué dices?
Suelta el puñal.

SOMBRA. Ya le suelto.

(Deja caer el puñal, y queda clavado en el tablado.)

REY. Si te pudiera matar
otra vez, te hubiera muerto.

SOMBRA. Día de Santo Domingo
me mataste.

REY. Y ¿qué es tu intento?

SOMBRA. Advertirle que Dios manda
que fundes aquí un convento,
donde en vírgenes le pagues
lo que le hurtaste en desprecios.
Clausuras honren clausuras.
¿Prométeslo?

REY. Sí prometo.

¿Quieres otra cosa?

SOMBRA. No.

Queda en paz, lábrale luego,
porque has de vivir en él
en alabastros eternos.

REY. ¿Eso es ser piedra en Madrid?

SOMBRA. Sí, piedra en Madrid es esto,
y dame agora la mano

en señal del cumplimiento.
REY. Sí doy; pero suelta, suelta;
que me abrasas, vive el cielo.
SOMBRA. Este es el fuego que paso,
de donde salir espero
cuando la fábrica acabes.
REY. Suelta; que sufrir no puedo,
vive Dios...
SOMBRA. En este ardor
Teme, Rey, el del infierno.
(Desaparece.)

ESCENA XIV

EL REY; luego, DON ENRIQUE y MENDOZA.

REY. Vive Dios, que, a ser posible,
te hiciera átomos mi aliento.
Mas ¡válgame Dios! ¿qué digo?
Haré edificar el templo,
porque por él se revoque
lo que me amenaza el cielo.
Mas ya tras el alba el día
viene apriesa; gente siento,
y el retirarme es forzoso.
(Salen.)
DON ENRIQUE. Él es, Mendoza; lleguemos.
REY. Por el postigo del parque,
que cae allí, entrarme quiero
antes que me reconozcan. (Vase.)

ESCENA XV

DON ENRIQUE, MENDOZA.
DON ENRIQUE. Mi hermano es, viven los cielos,
y ya por aquel postigo
se entra en palacio. ¿Qué haremos?
MENDOZA. No darse por entendido,
pues tú no sabes qué empeño
le ha detenido esta noche.
DON ENRIQUE. Llama a los criados luego;
mas ¡válgame Dios! ¿Puñal
no es aquel... ¡Terrible encuentro!
MENDOZA. Antes di terrible azar.
DON ENRIQUE. ¿Que está clavado en el suelo?
Algo tengo de Mendoza,
mas no creo estos agujeros.
Muestra.
MENDOZA. Prenda es de valor.
DON ENRIQUE. En la guarnición que veo

que mi hija doña Juana
tome el hábito primero.
Donde se cayó el puñal
la capilla hacer pretendo.
DON GUTIERRE. Sin duda se te ha caído,
pues sola la vaina veo.
REY. Junto al pozo le olvidé;
por azar perderle tengo.
VOCES. (Dentro.)
Llévenle luego al castillo.
REY. Mirad, Gutierre, qué es eso.
(Vase DON GUTIERRE.)

ESCENA XVII

EL REY, DON ENRIQUE, MENDOZA, ACOMPAÑAMIENTO.

REY. Haber perdido el puñal
me ha dado gran sentimiento.
DON ENRIQUE. Pues, Señor, no está perdido;
que a quien desvela el deseo
de servirte, le ha traído
por lograr este contento.
REY. (Aparte. ¡Válgame el cielo! ¿Qué miro?
Más pesar me ha dado el verlo
en mi hermano que el perderle;
pues cuando me avisa el cielo
que me ha de matar mi hermano
con este mismo instrumento,
con temor y horror le miro.
Mas disimularlo quiero.)
Enrique, llega a mis brazos.
DON ENRIQUE. Y el alma, Señor, en ellos
te daré.
REY. ¿Qué haces, traidor?
¡Ah de mi guarda! Prendedlo,
matadle.
DON ENRIQUE. Señor, ¿qué dices?
REY. ¡Tú con el puñal sangriento
me quieres quitar la vida;
tú me has herido! Prendedlo.
Dámele; que con él mismo
te he de matar.
DON ENRIQUE. No te ofendo,
gran señor, cuando a tus plantas
humilde y rendido vengo;
y si mi humildad te enoja,
besándole te le vuelvo,
como quien de su castigo

DON TELLO, DON RODRIGO, PEREJIL, CRIADOS, GUARDAS. -Dichos.

DON GUTIERRE. Aquí están todos.

PEREJIL. Laus Deo.

DON TELLO. Y yo rendido a tus plantas.

REY. Dad la mano a Leonor, Tello.

DON TELLO. Ya se la doy, con el alma.

DOÑA LEONOR. Dulce fin de tanto empeño.

DON RODRIGO. También yo a doña María.

DOÑA MARÍA. Tu vida es la que yo aprecio.

PEREJIL. Oigan ustedes, que falta

aquí lo mejor del cuento;

y es, que sepan que aquí acaba

El valiente justiciero.

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo